

Universo Felipe

María Noel Curbelo Otegui
Mariana Porta Schmidt



Intendencia
Montevideo



Universo Felipe

María Noel Curbelo Otegui
Mariana Porta Schmidt



Intendencia de Montevideo
Departamento de Desarrollo Social

Intendente de Montevideo
Mauricio Zunino

**Directora General del Departamento
de Desarrollo Social**
Rosa Quintana

Edición de contenidos
Mariana Porta
María Noel Curbelo
Ignacio Ampudia

Textos
María Noel Curbelo

Ilustraciones
Mariana Porta

Corrección de estilo
Lucía Kadessian

Diseño
Lateral Diseño

ISBN
978-9915-43-155-0

Impresión
Gráfica Mosca

Edificio Sede, Intendencia de Montevideo
Av. 18 de Julio 1360, CP 11.200 Montevideo
Teléfono +598 1950
<http://montevideo.gub.uy>
Montevideo, mayo 2025

Universo
Felipe

Índice

- 7 Prólogo
- 9 Contar y dibujar un barrio que se va
- 13 Universo Felipe
- 17 Se recibe todo
- 19 Cazadora de nombres
- 21 Una aldea en la periferia oriental
- 27 Barbie y su casa de muñecas
- 31 Relevar el frío
- 33 El universo de una mañana
- 36 Las cosas y el tango
- 37 El laboratorio
- 39 Extender la casa
- 43 Brian y Gabriel
- 45 Adolescencias
- 47 Siete, nueve, tres, seis
- 49 Relevar el agua
- 51 Un baño propio conectado

- 53 La continua muerte de un microondas
- 54 El circuito del Flaco
- 57 Infancias
- 58 Un mundo inesperado
- 61 Oda a Pamela
- 63 La casa última
- 65 Recetario
- 69 El jockey
- 71 Jugadora del tiempo
- 73 Relevar un brazo inmóvil
- 76 La mala madre
- 78 Casa de Árbol
- 81 De Fideles y San Jorges
- 84 Un sobre transparente de papeles
- 85 Relevar lo que no se nombra
- 87 Los perros de Felipe
- 88 Relevar una locura
- 89 El camino último

Prólogo

Universo Felipe, otra forma de contar. Otras formas de contar quiénes somos y quiénes queremos ser. Otras formas de mirar, de escuchar, de zambullirnos en la realidad hasta tocarla en sus raíces, hasta sentir sus latidos. La vida que pulsa abriendo caminos; el tejido humano en su artesanía profunda; red que sostiene el día a día, que lo envuelve, que lo limita, que lo reinventa.

Universo Felipe nos convoca a entrar en un mundo. A reconocernos parte. A trascender los juicios, los lugares comunes, los discursos técnicos, políticos y académicos, para adentrarnos a este universo donde el encuentro humano da a luz palabras nuevas capaces de nombrar el dolor, la indignación, la belleza. Palabras capaces de conmovernos, de movernos de lugar. Capaces de interrogarnos con la fuerza de una historia, de una imagen, de un nombre, de una entrelínea que nos deja en silencio.

Universo Felipe nace de una experiencia compartida, de una búsqueda puesta en marcha. El Programa Fortalecimiento Barrial, de la Intendencia de Montevideo, tiene como centro a los vecinos y las vecinas, el tejido comunitario y la organización barrial en pos de la transformación y la dignidad humana. Crear política pública desde las necesidades, preocupaciones, iniciativas y deseos de las comunidades. En las mesas barriales, en la puerta de una casa, en el cruce de caminos, el compromiso de la Intendencia está en poner a disposición los recursos con los que cuenta al servicio de la agenda que se va armando y evaluando en colectivo. El trabajo en el barrio Felipe Cardoso implicó acompañar a las familias en la lucha histórica por mejorar las condiciones de vida, por acceder a sus derechos y avanzar en el postergado realojo.

Universo Felipe es fruto de encuentros, de conversaciones, de estar y compartir. Puertas que se abren, saberes que se mezclan, personas que van descubriendo el potencial de hacer

juntas y en la fuerza colectiva, se revelan nuevas subjetividades, nuevas formas de mirar y transformar.

Universo Felipe, tiempo de mudanzas.

Mag. Mercedes Clara

Directora del Departamento de Desarrollo Social,
Intendencia de Montevideo (2020 - marzo 2025).
Directora Nacional de Gestión Territorial, Ministerio de
Desarrollo Social.

Contar y dibujar un barrio que se va

I

El asentamiento Felipe Cardoso cursa desde fines de 2022 un proceso de atención institucional innovador. Tras —al menos— 34 años de existencia marcados por la inconsistencia e invisibilización de la vulnerabilidad, la Intendencia de Montevideo (IM) y el gobierno nacional reúnen esfuerzos para lograr la efectiva relocalización de la comunidad.

El proceso está pautado por la innovación en el estilo de gestión de la respuesta en colaboración con la sociedad civil y la aspiración de un proceso participativo que garantice, en la toma de decisiones y el despliegue de la creatividad vecinal-institucional, favorecer un proceso asertivo y transformacional de la calidad de vida de las personas, más allá de la estricta materialidad habitacional.

Desde diciembre de 2022, el equipo de Fortalecimiento Barrial ha comenzado a trabajar en este barrio desde la cercanía y el conocimiento directo, abocado al objetivo general del programa: fortalecer el tejido barrial con énfasis en la participación de vecinos y vecinas, para favorecer la capacidad colectiva de gestión entre las instituciones y las y los habitantes del territorio.

La dupla técnica conformada por Lucía y María Noel (una de las autoras del formato narrativo de este trabajo) propuso la sistematización de la experiencia en un formato estratégico que, sumando herramientas diversas, tendrá la construcción de nuevos relatos desde la diversidad de sensibilidades coexistentes en la comunidad preguntándonos: “¿Qué es ese universo Felipe Cardoso?”; pregunta que surgió por la histórica estigmatización del barrio en torno a la basura, la suciedad y la desidia que fue responsabilizando a sus habitantes de la propia pobreza estructural que acompaña al lugar desde sus orígenes.

Entre los objetivos específicos del equipo de Fortalecimiento Barrial en el que se enmarca este trabajo, se encuentran: “Favorecer la circulación en la ciudad y el acceso a servicios y bienes (culturales, educativos, recreativos, sanitarios, socioeconómicos); generar y fortalecer espacios de participación ciudadana, y articular acciones de mejora del hábitat, de la infraestructura urbana y de los servicios básicos en consonancia con las necesidades priorizadas desde cada colectivo barrial”.

En el último punto se centra el trabajo junto a ABC Barrios, un programa de mitigaciones de la Intendencia de Montevideo que actúa también sobre la mejora de viviendas. Luego de negociaciones y muchas voluntades, la dupla de Fortalecimiento Barrial y Mariana, la arquitecta y posterior dibujante de este trabajo, iniciamos un trabajo conjunto en Felipe Cardoso. Comenzamos a conocer las viviendas de las familias postulantes a recibir materiales. Nos recibieron en sus hogares para conversar sobre sus necesidades, escuchar sus demandas y trabajar en conjunto, no solo sobre la mejora de sus casas, sino también sobre la integralidad de sus vidas; lo cual nos llevó a un conocimiento profundo del barrio pero, sobre todo, de la diversidad de sus habitantes.

II

Este compilado de relatos se enmarca en una base metodológica propia de Fortalecimiento Barrial como lo es la “Recuperación de la memoria barrial: promover instancias de entrevista a referentes de la comunidad, de organizaciones barriales, de instituciones con anclaje en el territorio. A partir de estas fuentes componer un primer acercamiento a la historia de los barrios donde el programa comienza a desarrollar su tarea”. Asimismo se enmarca en aspectos metodológicos que constituyen bases, quizás más sutiles, del trabajo de este programa, que se relativizan en cada barrio en el que

el equipo trabaja dependiendo de sus posibilidades materiales y políticas.

Debido a las características de Felipe Cardoso, que lo hicieron parte de la agenda de intenciones de políticas públicas e intervención material en el barrio, este proyecto pudo concretarse de esta forma. Sabemos que muchos más barrios lo requieren: una intervención material profunda y una mirada amplia y ancha hacia las diversidades de formas de vida de las personas que sean tenidas en cuenta desde las instituciones para mejorar el acceso a las políticas que todos los habitantes deben tener cubiertas. El trabajo que propone Fortalecimiento Barrial resulta indispensable para contactar de primera mano con estos universos.

Entre las virtudes de esta labor, encontramos que el trabajo de conocimiento directo permite una visión amplia de la materialidad existente y la simbología procurando una mejora en la intervención de los agentes estatales. Fortalecimiento Barrial y ABC Barrios buscan acercarse a las familias y a sus hogares mediante la conversación y el intercambio, sabiendo que aprendemos siempre de nuestros interlocutores, que son quienes saben cómo y qué necesitan para mejorar sus vidas.

Otra de las características principales de estos programas es trabajar sobre la participación como algo diverso y amplio: no quedarse en las referencias ni en la sola asistencia de vecinos y vecinas a las instancias colectivas como lo son las mesas barriales. Hay una preocupación por buscar esas miradas que a veces no están tan visibles y que obligan a recorrer los barrios con intensidad y cercanía constante.

III

Este trabajo está escrito por una antropóloga, parte del Equipo de Fortalecimiento Barrial, y por una arquitecta, parte de un equipo de ABC Barrios, y a su vez, con todas las personas que aparecen en estos relatos y con quienes fuimos convirtiendo a Felipe Cardoso en Universo Felipe.

Asimismo, están involucrados otros agentes institucionales y otras duplas: Lucía y Gustavo; a él van dedicados muchos de estos relatos, ya que estaba ahí con nosotras en muchos de esos momentos, aportando sensibilidad y cariño en todas las visitas.

Un agradecimiento a la IM, particularmente, al Departamento de Desarrollo Social y al equipo de Fortalecimiento Barrial. Pretendemos que este texto muestre el trabajo inmenso que realizan a diario. Gracias también al programa ABC Barrios para que siga aportando materialidades en los barrios con la sensibilidad que este trabajo conlleva.

Tanto las formas narrativas como los dibujos, fueron construidos con un proceso en conjunto con muchas personas, sobre todo, con las personas protagonistas de este trabajo de quienes fuimos aprendiendo y compartiendo formas de visibilizar cada historia.

A todas esas personas y sus historias, nuestro infinito agradecimiento.

Universo Felipe

Felipe Cardoso es más que un asentamiento. Es un universo. Histórico, con más de treinta años de vida frente a las colinas donde se dispone la basura final de Montevideo. Dinámico, como las vidas que han hecho tránsito en este espacio que parece aislado del mundo pero que entra en todo su esplendor mecánico.

La vida de las cosas, la vida de la basura. Las vidas. Marcadas por la inconsistencia de lo vulnerable, de lo errático, de lo invisible, del desamparo. Felipe ha sido construido sobre la base material de la contaminación maldita del mundo al que pertenece. No es margen, no es suburbio, no es exclusión. Es parte de la extensión de la ciudad. De tu tarro de basura. De mi tarro de basura.

En su tránsito y en este andar, trabajamos en Felipe como instituciones que ven en su cauce la medida del cambio drástico. Allí no se puede vivir. Hace treinta años que allí no se puede vivir. Aunamos visitas y materialidades, relatos y dibujos de eso, para construir una buena vida a largo plazo, en base a los recuerdos del lugar que vio nacer a tanta gente. El barrio firma la mudanza. Se consolida el realojo tan esperado. Las familias lloran de alegría. Son los últimos días de diciembre. Mi cuerpo llora con ellos. Nos nutrimos de fotos juntos, de notas y salidas en televisión. Una de las vecinas habla sobre lo duro del proceso. Otro señor se posa frente a mí y me dice, buscando complicidad de clase, que ojalá cuiden esas futuras casas. Que aprendan a cuidarlas. Pienso que hay cosas de las que no se aprende nada. No creo en la enseñanza como efecto de tanto dolor. ¿Qué deberían aprender? ¿Qué proceso de aprendizaje le exigimos a quienes se les ha negado todo? ¿Cómo aprender la vida?

¿Y si aprendemos de la gente de Felipe? ¿Y si ese universo se hiciera también de relatos y de imágenes? ¿Y si hay otra forma de mirar ese planeta, de fusionar galaxias, de armar un mundo? ¿Y si nosotras mismas miramos casi con miopía y conversación lo que después será una página conjunta?

¿Un lenguaje? Un lenguaje nuevo, una historia de todos, de amor, de basor, de perros y plantines. Formar un universo de relatos que exceda la romantización pero también las tristezas, que hable otros lenguajes que conformen un mundo narrable y una imagen que pueda ser encuadrada en el mueble de la cocina de la futura casa. Para que nunca se corte la vida buena, que nunca sea puesta en juego. Este Universo Felipe se excede a sí mismo: son las vidas de Felipe, pero también son todas las vidas que piden por extenderse, por volverse cuánticos y estar en tiempos y espacios, en todas las partes y en todos los planetas, que se las tenga en cuenta como seres. Que se las tenga en cuenta como decoradores de sus casas, como coloreadores de sus trayectos cotidianos, en sus tristezas, en sus alegrías, en las faltas de todo lo posible.

Lo que buscamos está en todos y todo aquello que nos permite estar en otros planetas de ese universo. Planetas a veces relegados al fondo del barrio. Aquellos que no van, que no se ven, que no están, que nos hace pensar en Universo Felipe como espacio relacional.

Ampliar los escenarios, los tiempos y los espacios donde buscamos esas viejas y nuevas materialidades. Esa cosa conjunta. Esa ambivalencia perfecta de las cosas. La decoración de las casas. Las cosas. Las nuevas palabras. La música. El color de las cosas.

Los tiempos prontos y lejanos. Ese futuro derrumbe. Esas preguntas: ¿qué vida se deja atrás? ¿Qué implica dejar esas casas-planetas de toda una vida? ¿Y ese universo-barrio? ¿Y esas cosas?

Buscamos, en todo esto, el sentido que le dan las personas a sus propios recuerdos, a sus historias y sus formas de hacer el Universo de Felipe.

Ahora que todo es aprendizaje, con estas narrativas deseamos algo: desintegrarnos. Que nos dejen afuera de comentarios comunes y civilizatorios. Que aunque se intente enumerar aprendizajes de todo, miremos esto como a un universo nuevo en búsqueda de la palabra compartida.



En los siguientes relatos la mayoría de los nombres de las personas fueron modificados con el fin de proteger su privacidad.



RECIBO
CARTÓN
NEYLON
Y
LO QUE
NO
USE

Se recibe todo

El hombre en su carrito de caballo parando en la calle que transita de un lado a otro, de Malvín a la cantera. Volcando residuos en un patio delantero de la casa de sus hermanas.

Olga clasificando cartones con guantes.

Claudia y Topacio separando nailon al ritmo de un reguetón que invade las cuatro chapas que rodean ese depósito.

Otras hermanas recibiendo camiones.

Vania diciendo que no a alguien que pasa en moto, a la vez que va frenando delante de su casa, le pregunta si necesita pañales para el bebé. Vania dice que no, que los pañales de la cantera le han dado alergia.

Alguien me muestra unos championes Nike (también reciclados) que un bebé lleva puestos mientras da sus primeros pasos.

Un niño come bolitas de chocolate, que ahora son su golosina, y antes podrían haber sido decoración de torta de cumpleaños.

Sara consigue una puerta y Rodolfo usa unos chapones de techo, una lámpara con luz de patio para la entrada de su casa y una puerta corrediza de ventana para su futura cocina.

Una montaña de metales nos recibe en una casa. Una vuelta de camiones. Un manojo de varones jóvenes que de día nunca están. Nunca están de día.

El cuerpo de un adolescente gateando en la cantera. Persiguiendo camiones como antes fueron perseguidos sus abuelos cuando no se podía andar por la ciudad clasificando. El adolescente gatea la basura que llega. La forma de caminar la montaña de basura. La forma de dejar de ser el punto fijo del palo del guardia.

La banda de muchachos de los motocarros que lleva a pulmón la basura cotidiana. Los camiones que entran y salen. Los caballos. Los carteles de recepción hogareños.

Recibir camiones, recibir mundo. Recibir todo.



ORGANISMO



PROGRAMA VACACIONES
DESARROLLO SOCIAL

Intendencia
Montevideo

STM

Intendencia
Montevideo

STM

Intendencia
Montevideo

STM

74389462
74389462

74389462
74389462

Cazadora de nombres

No sé cuándo decidí salir. Se sentían los truenos en la mañana de mi casa. No habría locomoción más que ese 546 que me dejaría a unas cuantas cuadras del barrio. Caminé con un cielo cubierto que parecía no anunciar nada. No había sol pero tampoco estaba cargada de tormenta. Estaba nublado; el mejor ejemplo de nublado.

Al bajar del ómnibus, camino por la calle Felipe Cardoso hacia el barrio que comparte ese nombre, entre caminos que terminan en un muchacho de OSE que llega a lo de Tati a ver su contenedor. Parece que no hay nadie en la casa, aunque una luz prendida afuera podría insinuar que aún duerme. Sigo. En una casa con lejanas hamacas de juguetes, Sara me saluda y yo entro. La confundo con su hermana Laura y ella me confirma el parecido. Me da un poco de vergüenza.

Ella me dice Lucía.

No tengo los pases libres que me pidió aún. Comenzaré mi recolección.

Continúo mi marcha cuando unas gotas empiezan a caer.

Un par de hermanas me gritan Lucinda.

Una quiere saber si en las casas nuevas es cierto que van a “tener que pagar vereda”. Al mismo tiempo, la otra me comenta que le han dicho que son tres tierras y que faltan dos. A la vez se aproxima otro hermano y la madre de los tres.

Hablar con ellas es como estar en un multiverso en el que convergen varios planos espaciales y temporales. Cada una habla en su tiempo, en su pregunta. Comienzo a dar respuestas una por una y nos vamos juntas a lo de Karina que me da ocho tarjetas de ómnibus, ocho pases libres.

He recolectado los primeros del día.

Voy a lo de Silvana. Veo el contenedor de enfrente repleto de nuevo, desbordado. Hay basura y más basura.

Allí están ella y su hermano sentados afuera tomando mate. Charlamos. Se refiere a mí como Lu. Se acerca José Luis

y me pregunta, en broma, qué vengo a buscar. Plata le digo. En su mano tiene seis pases libres.

Sigo por Felipe Cardoso. En el camino veo a Carla tomando mate en la entrada de ese conjunto de casas que comparte con su hermana, su padre y sus hijos. Están tomando mate con ella. Saludo y me siento. “¿En qué andas María Noel?”, me pregunta. En ese mismo instante comienza una lluvia en forma de chaparrón. Las gotas caen fuerte pero no me mojo. Ninguno de ellos se inmuta. Siguen charlando y bromeando conmigo. Me hablan de ratas gigantes. El padre se ríe, dice que eran chiquitas. Las hermanas, para que la risa sea mayor, exageran el tamaño: “Les falta hablar, dentro de poco las tenés acá tomando un mate” me dice Angie. La risa va creciendo: “En un tiempo me piden que las anote para chapas y palos de ABC Barrios” agregó al chiste. Nos seguimos riendo.

Saco el paraguas y empiezo la vuelta. Las gotas caen pero con menos intensidad. Mi paraguas resiste. Camino hacia la parada. Cuando llego a la cooperativa de viviendas, en una especie de caminos de almacenes, panaderías y peluquerías, unas voces pequeñas me gritan: “Lucía”. Eran los dos hijos de Ernestina que me saludaban de lejos con sonrisas gigantes y me recordaban el nombre que tengo hace un tiempo en el barrio. Me pregunto si tengo cara de Lucía.

Me da gracia y ternura su simpatía.

Llego a la parada. Según mi aplicación de transporte, mi bus llegará en tres minutos. Al pasar solo un minuto, un ómnibus pasa y desde una ventana alguien grita: “María Noel”; era Olga también sonriente. Fue como si me devolviera la identidad, para que me vaya a casa con mi nombre puesto, pero teniendo la noción de que cuando vuelva al barrio siempre tendré otros.

Una aldea en la periferia oriental

El sol aterrizaba en Felipe Cardoso como un reflejo blanco sobre los basurales así como se proyectaba sobre las tres hermanas, que sentadas bajo el alero de una de sus casas, nos esperaban. Llegamos para hablar con Nora pero no existen misterios individuales en su relato; se habla con una lo que saben todas. Nora hace unos \$ 500 semanales cuando el éxito está de su lado “allá arriba” en la cantera que es tierra de nadie y es tierra de todos. Los policías rondan el espacio dando palo “quebrando costillas, dejando ojos morados, rompiendo brazos”. Ahí también anda Nora cuando la comida se hace más urgente que los golpes del cuerpo que son más veces dirigidos a los varones: cuerpos más válidos para ser maltratados por otros cuerpos de sospechosa equivalencia. Hombres le pegan a hombres, y así parecen exculparse de ser percibidos violentos.

Qué extraño el mundo donde esa equivalencia también se da en los lugares donde el habla corre con más rigurosidad. Hombres que solo hablan con hombres.

A Nora la van a dejar sin una casa que alquila hace un tiempo. El alquiler sin garantías ni parafernalias inmobiliarias se termina porque así también pasó con la vida de su madre. Hasta su muerte, la casa podía ser ocupada por ella, ahora ya no. Nora vive con su hijo y su nuera, y al preguntarle si alguno de ellos es menor dice que no, aunque la muchacha tenga 16 años. Sus hermanas interrumpen y notan ese error; para Nora no es importante, no sabe la relevancia que tiene para lógicas de Estado y beneficencia, que conviva con alguien que no ha cumplido aún la mayoría de edad. Ella pide chapas y palos para construirse un rancho en un terreno ya visto, un poco lejos de ese semicírculo que han conformado con las casitas de sus hermanas y sobrinas.

María, otra de las hermanas, está sentada a mi derecha y me ha querido dar su silla pero yo elijo el suelo de hormigón que han construido, como una plataforma hacia adentro, que es como un patio interno de una gran aldea. Nora agarra mi

campera que ha quedado en el suelo y la limpia. Dos niñas muy pequeñas se quedan a mi lado y durante las charlas van y vienen pero siempre eligen posarse rodeándome, como si al verme sentada en el suelo tuvieran mejor visión de mi cuerpo sentado, que queda a la misma altura de sus cuerpos parados.

Nora y María me preguntan del realojo. Una de ellas pregunta sobre unas viviendas que están haciendo y si son para ellas. La otra dice que no, que esto recién empieza y que el año próximo con elecciones van a volver los desconocidos políticos a prometer de nuevo esas futuras casas. Siempre futuras. “Toda la vida estuvimos acá. Mamá vino a los 15 años y nunca se fue, se murió acá”.

María se emociona cuando habla de su madre, se calla pero tiene una sonrisa en la cara que parece no alejarse mucho de su rostro ni en esos momentos.

La otra hermana, sentada frente a mí, tiene otras aspiraciones. “Yo no me quiero ir de acá, no me interesa por mí. Quieroirme por mis hijos, para darles un futuro mejor. Pero yo si muero acá no me importa, me importan ellos. Viste que cuando tenés hijos, querés darle lo mejor”, asegura. Lo mejor para Lorena es esa futura casa, y aunque hayan vivido toda su vida en esta pequeña aldea que construyeron para ellas, tampoco le importa alejarse de todo el “cante” e irse para cualquier barrio. Tampoco le importa trabajar. “Yo no quiero trabajar”, dice. Contesto bromeando que a mí tampoco me gusta y que si pudiera, tampoco lo haría. Nos reímos.

La hija de María, sin embargo, sí lo desea. Tiene 21 años y dos hijas. Volvió de otro barrio hace un tiempo donde vivía con su pareja porque “tuvo algunos problemas” y decidió volver a vivir con su madre, sus tías y su —recientemente fallecida— abuela en esa pequeña aldea familiar.

Ahora está haciendo comida para vender a los clasificadores y comenta que, también con días de éxito, hace unos \$ 2000 semanales. Le gustaría tener un trabajo, pero no cualquiera. Le gustaría probar en un residencial donde trabaja otra vecina aunque hay cosas que no haría. Ni cambiar pañales a

personas ya envejecidas ni andar “cargándolos”. Pero “¿qué difícil puede ser dar una medicación?” se pregunta. Tiene la escuela terminada, pero me pide que la ayude a hacer un currículum para entregar en algunas empresas, usar computadoras le cuesta. Me pregunto por dentro cómo no va a costar cuando convivir con una está fuera de tu alcance durante tu corta pero profunda vida. “Hay que mandar un mail”, dice. Y torna su dificultad para hacerla palabra y distancia.

De las tres hermanas ninguna terminó la escuela. La próxima generación parece estar encaminada a hacerlo.

Un delivery llega a la entrada de este gran semicírculo impactado por el sol radiante de unos días de ola polar. Saluda a todas desde lejos y hace bromas. Todas lo conocen y le preguntan cuánto es, mientras Natalia, la muchacha de 21 años e hija de María, va a buscar el paquete que trae y luego busca el dinero dentro de una de las casas. Son \$ 498.

El delivery se dirige a otra casa y pasa frente a este cúmulo de vecinas-familia que han rodeado una puerta de una de las casas con sillas y sillones desvencijados. En el medio estamos las niñas y yo. El muchacho pregunta por “la abuela”. Las mujeres responden que falleció hace unas dos semanas y él se apena, les da sus condolencias con un recuerdo: “Lo lamento mucho. Yo venía y le hacía un tabaco. Un tabaquito” repite con cierta congoja, pero también con cierta sonrisa de tranquilidad en el rostro.

Se sube a la moto y se va.

Llega otra muchacha —que no conozco— con dos gurisas adolescentes. La muchacha es flaca y parece ser otra de las hermanas de las mujeres con las que estoy conversando. Me percato de mi círculo cuando la muchacha queda sobre la puerta y las dos adolescentes intervienen en la conversación que ha derivado por varias ramas como si una vez arrancada, pudiera tornarse infinita. Una de ellas dice que se va a sacar el implante que tiene, que está “gorda”. La muchacha mayor que llegó con ellas le dice que no se lo va a sacar y la gurisa no retruca ni hace nada. Les pregunto su parentesco. Son madre

e hija. La gurisa le dice que ella a su edad (16 años) andaba “haciendo rabiar a la abuela, escapándose para los bailes”. “¿Quién no hizo un poco eso”, nos preguntamos entre todas.

La otra adolescente dice que ella sí se lo va a sacar. Nora interviene diciéndole que sí, que ella quiere ser abuela. Me doy cuenta que ella es su pequeña nuera de 16 años a quien Nora cree mayor. No solo en edad es esa creencia, sino también en la potencial maternidad que ya le está atribuyendo. Intercepto con un cuestionamiento: “Pero sos chica, tenés toda la vida para tener hijos” Nora dice que ella cuidaría de ese nieto, que su pequeña nuera de nada tiene que preocuparse. Yo pienso en su solicitud de materiales para un nuevo rancho, en el alquiler que le están pidiendo dejar, en sus días exitosos de \$ 500 en la cantera, en los policías pegando. La gurisa no dice nada pero la muchacha recién llegada comenta que ella conoce gente de más de 25 años que no ha tenido hijos. “Yo acabo de cumplir 33 y no tengo hijos” les digo. “Hay tiempo”. Como si mi tiempo fuera el mismo que el de ellas, mujeres que arman círculos de sillas en su patio de hormigón de aldea vecinal familiar en un barrio forjado en la basura de una ciudad.

Me marcho de la pequeña aldea driblando camiones por la banquina que no existe y que imagino. Son varios minutos hasta llegar a la parada de ómnibus así que me dispongo a disfrutar la caminata al sol. Pienso en el camino que hacen las hermanas todos los días para salir de su aldea y pienso en que si hay algo de esa caminata que extrañarán si algún día deben mudarse a otro lugar. Si extrañarán a Lucía, si me extrañarán a mí. Si algún día este jueves soleado con anuncios de polaridad será un recuerdo a extrañar para ellas.

Ahora me encuentro con las hermanas Martínez y una vecina más de otra familia también del barrio. Este otro par de hermanas que vienen de la escuela. Una lleva un cochecito con un bebé de un año: el hijo varón del barrio, el hombre futuro que llegando, conmueve por la sensación de cambio, de novedad. “Mirá si viene con un pan debajo del brazo”, me dijo una vez su madre. Con ellas y el cochecito, también

viene otra gurisa. Adolescente, hija de otras de las hermanas de las Martínez. Enseguida pienso en esa diacronía, casi de sectores medios, de pensar ir a la escuela con sus tías a los 16 años. En algún punto la edad se pierde y sobrevive algo familiar: ese parentesco que excusa cualquier cosa, pero que no da nombres.

Una de las hermanas, Claudia, me muestra en una hoja los deberes que se lleva para hacer en su casa. Cuatro renglones de pequeños guiones que hacen presente una palabra que no está y que, huérfanas de letra, da pistas con solo una de ellas. A vuelo de pájaro veo la primera palabra ahora guionada: __ n _ . Me doy cuenta que es luna y en segundos veo que la que sigue es gato y también está sol.

Silvana, la otra vecina que viene con ellas, y que sonrío seguido como un mar incontenible, saca su cuaderno de la mochila y me muestra los colores: página a página lo que ha hecho en la escuela con la maestra, los dibujos, lo que ha completado, algunas cuentas. Topacio agarra el cuaderno y orgullosa, con otra sonrisa mar, me muestra el cuaderno de Silvana, otra vez, página por página, como si fuera de todas. Porque así es, es un cuaderno de todas.

Me despido y veo que el bebé juega con un chanchito de plástico. El juguete tiene un exacto parecido con un animal real, solo que es chico. Le digo bromeando al niño que no se pueden tener cerdos en el barrio. Él se ríe por el desentendimiento pero como respuesta a mi risa. Las muchachas se ríen por entendimiento. ¿A cuántas personas, en mi transcurso diario, podría hacerle ese chiste casi barrial, casi familiar, cauteloso de cierta confianza y conocimiento, y que las receptoras respondan con tanto entender y sonrisa?

Sigo hacia la parada a tomar el ómnibus de regreso a casa. He llegado, miro mi aplicación de transporte que indica que en diez minutos pasará. Llega otra vecina hermana de este último puñado de hermanas con las que estuve de camino. Lorena está maquillada, viste un vaquero negro ajustado y una campera de cuero del mismo color. Ha alisado su pelo rubio

y llega a la parada a saludarme nuevamente aunque antes ya nos habíamos visto. Le digo que está preciosa y —en un tono de amplia confianza— le pregunto a dónde va. La respuesta me sorprende y no: va a un hospital a ver a alguien enfermo. Mientras me contesta, pasa un ómnibus y ya cuando está arrancando para seguir su tramo, le pregunto a Lorena cuál le sirve a ella. “Ese” y señala el que acaba de pasar. Me conmueve su espera conmigo aún cuando tuvo la posibilidad de irse. No dijo nada sobre su preferencia de estar a mi lado.

Confirmé la sospecha de que hay ciertas conversaciones que empiezan un día, hasta pueden cambiar de espacios, de ruidos, de palabras que no se dicen, pero que permanecen sucediendo aún en sus silencios. Las hermanas García al sol, las Martínez volviendo de la escuela, el cuaderno público de Silvana, la espera extendida de Lorena conmigo. Los espacios compartidos solo en los espacios de esas otras.

Barbie y su casa de muñecas

Un envase de shampoo Plusbelle de manzana reposa sobre el estante de un mueble de madera que cae hacia un costado. En ese costado, veo unos cuadros sobre la pared que separa la cocina, el comedor y el living del cuarto de Barbie, al que se entra por una cortina que hace de puerta. Luego, el dormitorio de dos de los tres niños, uno de ellos duerme en la cama grande con su madre.

La cocina tiene la puerta del horno rota y cuelga rozando el suelo. En las hornallas, algunas ollas y una caldera. Un mueble sin puertas mezcla fideos, detergente y enchufes. Sobre él, más cuadros y una foto: Barbie tiene 15 años y está embarazada de su primer hijo, hoy adolescente. Su madre la abraza y Barbie sonrío. Imagen perpetua.

Es raro verla sonrío porque Barbie sonrío de costado. Y de costado saluda a quienes vienen a preguntarle si sigue sin baño, sin categoría de hogar. No hay título de monoambiente ni de casa. Para el afuera es vivienda y rancho.

La casa de Barbie tiene lo efimero de una casa de muñecas: cambia las cosas de lugar en forma continua, categoriza las cosas que van a un estante, pero si llueve y se inunda, esas cosas van hacia otro lado rápidamente. Barbie cocina afuera, en un fuego improvisado porque no hay gas, pero tampoco hay un lugar en la casa donde preparar la comida.

Barbie cambia el orden del espacio.

De costado sonrío Barbie cuando le planean su futuro hogar. Si mueve un poco su rancho, entrará un cuarto más. Si hace un hueco más grande para el tanque que será pozo negro, entrará el baño. Si disminuye la montaña de escombros que está en su patio, entrará un pequeño living.

Un lugar al que llamar casa. Ni un techo, ni una ampliación, ni más chapas. Una casa. Con baño y un cuarto para los gurises. Y para ella. Un cuarto para ella en donde levantarse a las 4 de la mañana para poder llegar al ómnibus de las 5 y media y

así, en punto, llegar al lugar que es residencia de muchos otros, para quienes la casa es recuerdo, juventudes y trabajos.

Barbie quiere recuerdos.

Roba un tiempo de espejo para la *selfie* en la casa de una compañera en la que duerme algunas noches. No se victimiza por no poder hacerlo en su propio espacio.

Su idea de repararse es vivienda y trabajo, casa y plata. En su parte de planeta dañado, mira de costado un celular que saca afuera una conexión con el mundo. Puede esculpirse solo para la foto. El mundo y su rostro se vinculan. Aspirar a un ideal sin recursos es pedirle al cuerpo lo que no da el mundo y, sin embargo, encuentra su espejo donde será imagen perpetua de foto de perfil.

Barbie lista para ser compartida, mirada y evaluada por el *Ken* que le dirá cuánto vale su cuerpo en el mundo, cuánto recibirá a cambio, cuánto cuesta su vida.

En esta búsqueda interminable de recursos Barbie creció amarrada a una maquinaria emocional que la bombardea desde niña con cómo debe ser. Ahora forma parte del mundo en su superficie. Persigue los ideales que la mantienen conectada a una idea inalcanzable. ¿Cómo puede negarse Barbie al manojo de arreglos hacia la normatividad? No hay frivolidad en tanto deseo. Lo frívolo de la exigencia infinita, como si pudiera hacer perpetua aquella foto de esos 15 años donde era hija, joven, bella.

Barbie encuentra en uno de los muebles el yuko para el parlante con el cargador que le doy. Colgadas de la luz pone una cumbia que ambas conocemos. Se hace santa cuando mueve las caderas. Se saca una banda *indie* de encima que le han puesto quienes vienen a hacerle casa y transporta su alma a bordo de una noche de plástico y *selfies* con espejo ajeno. Es sábado y va a salir.

El cuerpo de Barbie es pobre. Una amiga le dice que todo es cuestión de voluntad, pero Barbie quiere el registro de su rostro salvador en su foto de perfil. En su exceso está el descaro pero también la desconfianza ajena continua: “Si no puede con

su cuerpo, mirá si va a poder con otra cosa”. Los filtros de su cara la maquillan a su antojo. Pinta su rostro con clics de pasajes en blancos y negros, y sepias luminosos. No tiene plata para pinturas porque tampoco tiene baño y mucho menos espejos. ¿Podría Barbie tener todo eso con un poco de sola voluntad? Sin esos filtros queda el celular al que le hace espacio todas las mañanas, cuando algún vidrio le permite ese único deseo, esa conexión con el mundo que le devuelve exigencias.

Y en el reflejo prestado apunta y tira el clic de la suerte.



Relevar el frío

El piso de pórtland desnivelado, las paredes y el techo de chapas sostenidos por palos que rondan la casa y atraviesan el arriba cercano que limita la casa. La puerta son varias franjas de plástico grueso de esas que hay en las carnicerías para entrar a los depósitos que albergan carne. En las casas así no hay timbres ni números. Nos anunciamos y Sara nos grita, desde adentro, que entremos.

La casa está ordenada. Pisamos una alfombra gris que se siente húmeda. Hay dos sillones y una mesa guardiana de algunos objetos de decoración. Es un living muy chico y a la derecha está la cocina donde ruge una caldera que apaga cuando el humo ya anuncia el hervor. Sara nos habla desde la puerta de su cuarto con su última hija en brazos que tiene menos de un año de vida. En el cuarto, pequeño también, hay una tele frente a la cama de dos plazas y allí está otro de sus hijos que por momento agarra la bebé y juega con ella paciente y silenciosamente con una luz prendida de almacén de barrio.

Sara nos contesta desde la puerta del cuarto que ellos son dos de sus cinco hijos. Todos viven con ella, aunque alguno consume sustancias que lo hace ir y volver de su casa con algunos intercambios de problemas. A Sara se le hacen pesadas las palabras cuando habla de ese hijo que no puede dejar fuera de su casa, pero que entra y sale con formas que complican su voz tenue. Es como si para hablar de él tuviera que ir al fondo, al depósito donde se guarda la carne, y traer la pesadez de una vida plagada de idas y vueltas.

El resto de los hijos le alivianan el lenguaje. Uno trabaja en la construcción, otro que clasifica. El que juega con su hermana, la única hija de Sara tiene 17 años y hace más de cuatro que trabaja clasificando. El liceo fue algo que dejó rápidamente para “tener sus cosas” nos dice Sara. Él mira de reojo y habla muy poco, solo en la charla de juego que tiene con su hermana, que lo mira con una calidez que invade la casa

donde hace ese frío que te traspasa el cuerpo y hace casa en los huesos de una vez y para todo el día.

El pibe tiene una campera y un pantalón celeste de la Selección.

Sara trabaja desde hace más de diez años en una casa de comidas. Tiene un transitar amable y cálido y todos sus hijos parecen no dejarla ir de su maternidad sola. Actualmente no tiene pareja y tampoco quiere tenerla. Remarca su apellido en sus hijos cuando los nombra como si quisiera decirle al mundo que son de ella. Y de alguna forma lo son. Los hombres pasajeros llamados padres no aparecen en ningún rincón de esta pequeña casa donde se combinan cuatro de sus hijos y su bebé de menos de un año. Pero deben nombrarse en un apellido que releva un dato. Mi dedo marca filiaciones de sangre y conduce a levantar datos de caminos genéticos. Forma familias que no existen. Insiste en el hilo de ADN y no releva el frío ensordecedor de una casa que conduce a una cama como espacio común más caliente. Tampoco releva eso que no dice el apellido. El pibe silencioso, la caldera chillando, Sara poniendo en palabras a su hijo problemático, el altar de objetos, el pórtland, los padres inexistentes, la puerta de la carnicería.

El universo de una mañana

En el fondo de Felipe, una bicicleta sin ninguna cadena reposa sobre la entrada de una casa pintada de verde. Sale alguien comiendo un pan y nos pregunta si estamos atendidas. Respondemos que sí. Laura está adentro buscando remitos de unos materiales que la barraca ya le llevó. Me doy vuelta. A lo lejos, un par de maniqués de piernas reposan sobre la pared de chapas de otra de las casas de ese gran espacio de frentes y de casas grandes del barrio. Le digo a Laura asombrada si puedo sacar una foto, me dice que sí y que incluso, si quiero, me puedo llevar esos maniqués. Le digo que no. El día tiene una vagancia incoherente. Es como si Felipe se estuviera despertando y le esté costando arrancar el jueves. Entonces pasan cosas pero parece que no pasan. A la vuelta de los maniqués hay un auto de juguete de algún niño. Laura desayuna un refuerzo de mortadela. Ya me había comentado lo que le costaba dormir así que supongo que estará levantada desde hace un buen rato. “Es todo acá”, me dijo aquella vez mientras ponía una mano en su cabeza. A veces tiene una mirada triste, a veces avispada.

La casa de Laura comienza con una especie de sala enorme donde hay una cocina muy antigua que funciona, hay muchas cosas antiguas colgadas sobre la mesada. Hay una máquina de escribir, un gorro de mariachi mexicano, hay ollas, sartenes, hay palos. Hay cosas. Es como la entrada a una estancia gigante. A la pareja de Laura le gustan las cosas antiguas y las ha ido juntando con el correr de los años. Las ha puesto todas allí, en esa sala de estar grande que parece recibir gente cuando hay cumpleaños. Las cosas que rodean ese lugar tienen la fuerza de los años. No hay plásticos ni cartón. Hay hierro, mucho hierro, y aparatos hechos para durar más de una vida. Laura nos acompaña hasta la casa de un vecino que queda al fondo de la suya; afuera hay un par de piernas de maniqués.

Me gusta cómo nos quedamos mirando esas piernas de plástico, largas, hegemónicas, plateadas. Laura ríe mientras les

saco una foto que es también sacarle una foto al fondo de su casa. Las dos coincidimos en esa rareza. Me gusta cómo Laura acompaña un delirio porque también me gusta pensar que ella ve ese tipo de cosas todos los días. Las cosas. Las cosas que vienen y que van de la cantera, de la usina, de la gente que deja la basura por ahí, de ese continuo transitar de cosas sin forma ni estilo, ni modas ni etiquetas. Hay una belleza extraña en esas cosas, baratijas del mundo que las deja varadas. Imagino esas piernas varadas en un contenedor, volcadas a la basura generalizante y totalizadora, pienso en que esas piernas hayan llegado a la cantera y alguien, pensando que podían ser útiles, pensando en un nuevo destino, las sacó del hastío y las singularizó. Y así llegaron a la casa de Laura, a su fondo, a su foto conmigo y a su risa. Creo en esa capacidad de ver las cosas juntas, las cosas que vienen y que van, y que a veces quedan varadas en el patio de una casa sin ningún sentido. Y eso, al final, aunque no tenga sentido, lo convierte en algo de comunión.



Las cosas y el tango

El vecino es el primo de Laura y la familia vive casi toda ahí, en el mismo patio interno formando una especie de círculo de casas grandes y amplias. Allá el hermano de Laura, allá la hija, la nieta, acá el primo. Cuando llegamos a la casa, hay una entrada de amplitud. Adelante, se escucha un tango que sale desde algún lado de adentro. Por allá, un carro de clasificación, de esos que andan por la calle tirados por caballos. Pasando una cortina de plástico en tiras, veo el parlante de música por el que sale un tango mañanero llenando de templanza un espacio lleno de macetas con plantas colgando y un respaldo de madera de una cama de una plaza de donde parecen nacer más plantas. El tango invade el lugar. Es la casa de Milton que también tiene una entrada grande y luego una sala de living donde está encendida una estufa a leña con dos gatitos que ocupan dentro un espacio de calor. Sobre la estufa hay herraduras y, otra vez, cosas de hierro añejas. A un costado una montura de caballo, al otro costado, un cuadro de caballos. En el cuarto de Milton, al que vamos a medir porque se llueve, hay una manta de tigres tendida sobre la pared. La mezcla de cosas de la casa es sinuosa y hasta laberíntica. No hay nada servido en categorías ni en marcos estancos, hay diversidad y una especie de desorden solo ajeno para quienes entramos a verla. La casa tiene una planicie de patio. Milton me cuenta que la radio con tango siempre está prendida; huelo esa música como huelo mi infancia.

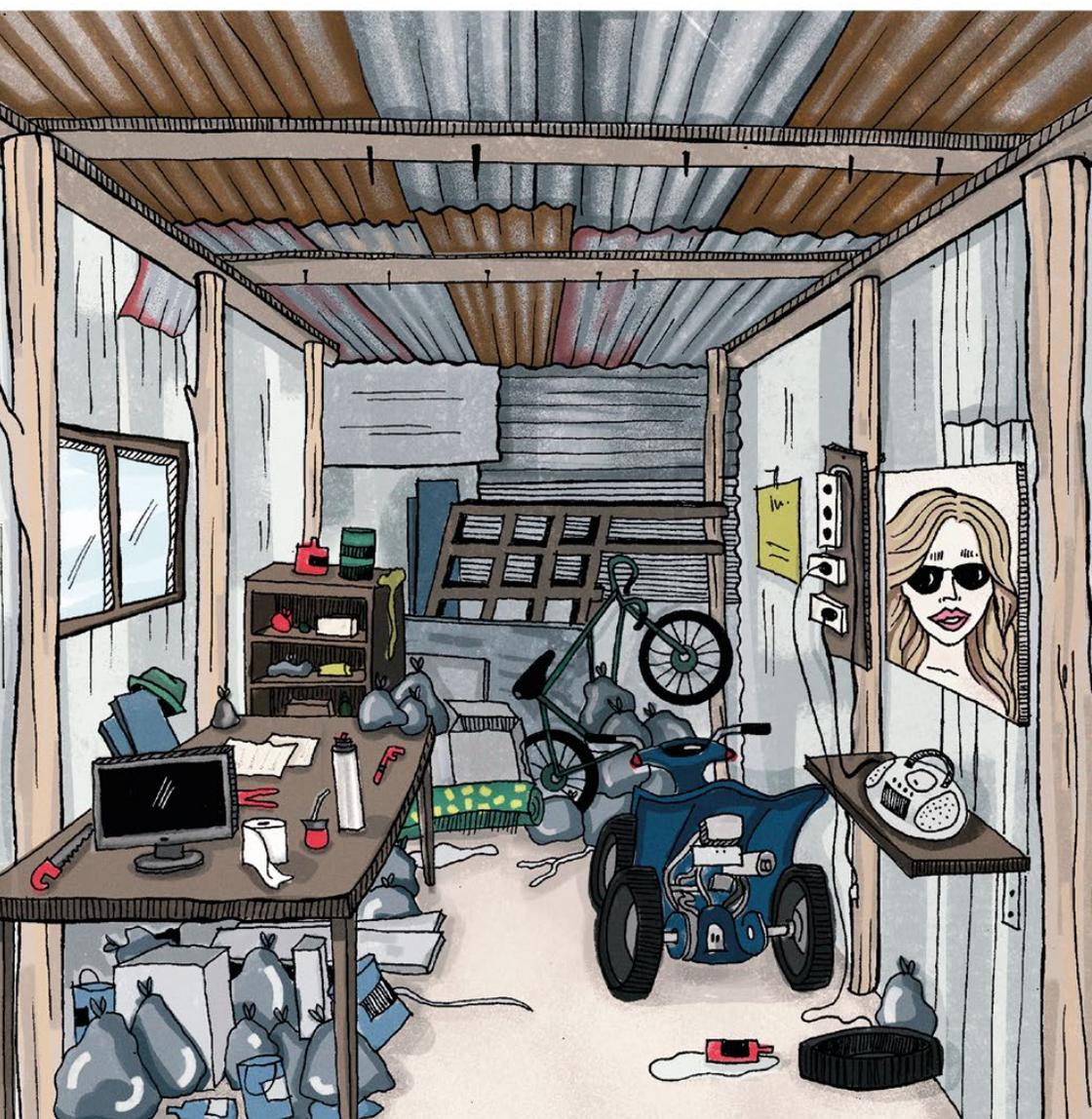
Un universo del mañana.

El laboratorio

Un cuadro con una mujer con labios rojos y lentes posa para Antonio en su laboratorio de motos, herramientas y chapas en el que extiende sus días fuera de su casa. Ahora que es su laboratorio, Antonio ha creado un imperio masculino donde reina un cuatriciclo, a lo lejos, una moto y ese cuadro. Modelo perpetua de cara de mujer posa frente a una mesa donde está Antonio, y hay una silla y hay herramientas sobre ella. No reconozco ninguna. Solo miro alrededor de ese galpón que ha construido en pocas semanas. Más alto que su propia casa, más amplio. Las rendijas entre chapas dejan ver el cielo que nubla a Felipe. En el gran predio de la familia, la casa principal parece extenderse en un largo desorden que convive con otras montañas de cosas sin clasificar, pero que para algo servirán. El laboratorio, de Antonio está hacia un costado pero la idea es convertirlo en casa familiar de más de seis, siete, ocho, nueve niños que acumulan sus andares en el predio. Para entrar, un largo camino y más seres de aparentes basuras y chapas construyendo laboratorios y montañas de objetos. Electrodomésticos antiguos, grandes placas de cartones, partes de cosas, neumáticos, animales, niños.

Una radio con disposición a discos posa al lado del cuadro donde la muchacha muestra sus labios exagerados de un rojo vivo debajo de unos lentes Ray Ban. Las manos de Antonio concentran un color oscuro de grasa que hace todo el combo de mecánico completo. Sus más de 40 años le dan una tonalidad mayor. Puede que sus manos cuenten su edad pero también el reproductor de CD y quizás el cuadro de la mujer que reposa desentonándolo todo pero siendo el espacio donde existe sola, donde no hay otra cosa que eso para mirar, donde ocupa ella ese espacio de chapas de una pared. Está ahí. Perpetua. Sola. Destinada a los laboratorios y a los talleres acumulados de grasa y herramientas.

Quizás Antonio también esté destinado a mirarla en la pared de chapas del laboratorio que construyó.



Extender la casa

El día está muy nublado y hace frío. Algunas estufas calientan ciertas casas de Felipe con unas pequeñas brasas. No hay fuegos, hay brasas. En la casa de Lorena una estufa hecha con un tanque rodeada por dentro de hormigón, contiene brasas de lo que en algún momento pudo haber sido un fuego. Un caño va hasta el techo y debajo, perros caniche se amontonan para recibir un poco de calor. “Esa estufa la hizo un vecino” me cuenta Lorena, “sacó la idea de Youtube”. La estufa está rodeada de Estrella y sus hijos. “Estrella luchona” bromea Lorena que no pasa de los 20 años y que vive en el barrio con su novio. Se hicieron la casa con algunas chapas nuevas y otras que fueron consiguiendo por ahí. La casa está ordenada en ese orden singular que tienen algunas casas de Felipe entre lo singular y lo funcional. Así también es la casa de Ernestina, que ha hecho una extensión de la vivienda que una organización civil hizo hace un tiempo. En la extensión hay una heladera cuyo enchufe cuelga y la cocina tiene una mesada desvencijada que apoya un canasto con frutas y cuyo desagüe se destapa de vez en cuando.

Ernestina quiere poner en esa extensión un cuarto para su hijo adolescente que “está grande y no puede dormir con sus hermanos ya”. Uno de los niños aparece disfrazado de Spiderman.

Cuando salimos más perros nos esperan.

Los perros de Felipe andan sin cadenas. Una especie de San Bernardo con una de las perras de otra vecina, su cachorro que ya no es tan cachorro y algún otro perro más, nos rodean mientras visitamos la Escuelita, que ha sido extendida para formar una especie de cocina para hacer jornadas de olla.

Cuando pasamos por la casa de Olga, vemos que están trabajando en la obra de sus mejoras de la vivienda. Han hecho otra extensión para el baño, colgó el calefón y hay una pileta instalada. Una pared de su casa ya tiene cerámicos puestos y su estufa a leña, al igual que las demás, contiene brasas. Angie

nos anima a pasar —cuando llegamos— con un “chiques” y argumenta diciendo que es porque también hay un hombre. Me llama la atención su lenguaje disidente y llamado inclusivo pero ¿por qué debería? Me pregunto hace un tiempo cuánto llegan a los sectores más pobres los cambios en torno al lenguaje, al trato con perspectivas de género, a las cuestiones en torno a esas y otras luchas consideradas de clase media. Sin embargo, Angie me contesta con su uso. Su irreverencia me conmueve desde que la vi por primera vez. Se ha peleado con otra muchacha y me cuenta que fue porque no solo le dijo “puto” sino que le agregó “guampudo”. Eso fue el detone de la pelea. Angie parece ser todo el tiempo excluida pero su motivación es la de incluir. Le dicen puto y ella dice chiques. Me cuenta algo lindo: una planta nueva que se ha comprado y me repite “los gustos en vida”. Hay algo que siento que aprendo cada vez que hablo con ella. Hay algo que extiende, que te invita a conversar y conocerla. Sin estridencias, extiende.

En lo de Laura también habrá extensiones de casa: se podrá hacer un baño por fuera de su casa actual que parece un monoambiente. No hay divisiones dentro. Hay una cocina, una cama de dos plazas, una televisión y un ropero con algunos championes encima. No hay baño en su monoambiente sino hay un proyecto afuera con una delimitación corta de bloques y un wáter puesto en el medio. Al wáter no han podido pagarlo y ya le han dicho sus acreedores que va a necesitar devolverlo. Laura vive en la aldea que rodea su familia con cada casa. Laura y su pareja son los únicos que no tienen hijos allí.

En lo de Andrea también extendieron un cuarto para el bebé de dos meses que sigue creciendo pero con dificultades respiratorias que les exigen darle un mejor hábitat. El bebé cuelga, con cara de recién levantado, de los brazos de su madre. Se lo nota un poco incómodo y su madre nos cuenta que estuvo internado hace poco. Hace frío afuera, pero también adentro de la casa. Andrea ronda, al igual que su pareja, los 20 años. Su casa, con una entrada de perros que ladran,

queda hacia dentro del barrio. En el cuarto extendido hay que poner un piso y yo me sigo preguntando cada invierno ¿qué sucede cuando se agranda una familia y hay que cuidar la salud y agrandar la casa?. Esas extensiones fuera de legalidades, decididas por lo que existente. “Hay que extender, hay que agrandar”.

¿Así es que se habrá extendido Felipe Cardoso? ¿Así se habrán extendido este y otros barrios?



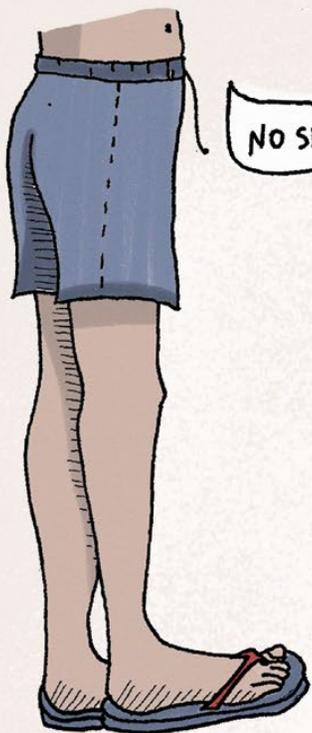
Brian y Gabriel

No sé si podré describir su gracia pero sí sus nombres. Brian y Gabriel tienen apodos que esquivan al presentarse como dicen ser esquivados ellos. Extraño, pienso. No hay vecino que no nos haya magueado un relato a favor de esos dos hermanos que hoy supuran gracia y realidad. Brian y Gabriel solo tienen su casa de cuatro paredes donde conviven, no quieren extender nada. Si se puede achicar, mejor. Son ellos dos. No quieren extenderse. Ninguno de los dos parece querer desaparecerse del otro. Son dos y uno. Miran a los ojos y hablan como dos gurises a los que la vida les dio otros placeres que son esquivados por los demás. Pero los dos visitan baños ajenos y tienen tías y familias, tienen vecinos y tienen controles que a veces, a veces, pueden ser su protección.

Brian y Gabriel tienen nombres y una inmensa presencia. En sus dificultades de la vida, sus vidas van y vienen desde la cantera que les da sustento, que les da algo que ya no pueden evitar procurarse. Dos flaquitos que se procuran la vida, una conversación que tener con otros y un sentido que les permita confeccionar su propia rutina. Rutina de dos, rutina de uno. Los hermanos piden chapas. No tienen baño, van a otros. Esa visita diaria me sorprende. No se les ocurre un baño propio, no quieren extender la casa, no quieren elocuciones ni favores. Solo que a veces, dejen de esquivarlos.

Brian y Gabriel tienen nombre y un humor de tragedia reconvertida que sus risas llevan a un lugar reconfortante. Me río cuando escribo esto porque nos reímos con ellos. En su modestia estaba la verdad y en su verdad la risa compartida. “Acá todas son nuestras tías”, “somos medio mugrientos sí”, “tiramos la basura enfrente y después la quemamos”. En su esquivo proceder de las lógicas del barrio no tienen celulares ni usan atajos de medias verdades. En eso, su gracia y un cierto calor que corroe por la espalda cuando se piensa en esa potencia de la risa, en eso que no esquiva, que va.

En Brian y en Gabriel.



NO SE



Adolescencias

En ese camino intermedio de las edades, Martín se empapa en el universo de los motores. No ha llegado aún mayor pasión que arreglar motos y autos que llegan al taller de su padre. Tiene pocos años de adulto y muchos de niños. No es ninguno de ellos, sin embargo, Martín pasa recostando su espalda al aire y flota con sus rodillas mirando con atención caños de escape, bujías y embragues ajenos. Allá se lo verá después, por el campito, haciendo sonar su moto de idas y vueltas de un cruce de calle desde su casa.

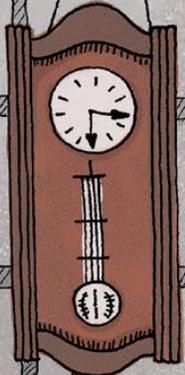
En otro intermedio, Taiwa imagina su mundo calzado en medias altas, tobilleras y champions de todos los colores. Es zurdo y buen pateador de pelotas. Desde niño va y viene de canchas y partidos rodeado de madre, hermanas y sobrinos que le hacen de hinchada constante. Lo han visto jugar. Él, que parece todo ausente, ha sido visto en alguna cancha jugando a su mejor presencia: la de seguir siendo jugador de fútbol.

En Ludmila hay otra juventud. En el diagnóstico de su vida quieta sobre una silla de ruedas, su mejor aliado es Youtube y de él va sacando las charlas que necesita para recibir en su casa el mundo exterior. Ella tiene un mundo adentro; en las pantallas ve extenderse su vida y replica.

En otro lugar, más al fondo del barrio hay un niño, comenzando a ser adulto, que recibe preguntas que no puede contestar. En su “no sé” hay un universo. Sacude cimientos con la frescura de su lenguaje: no sabe ninguna respuesta ante las preguntas que le hacemos. No sabe y no brinda solemnidades. Pierde adultez en su expresión de cosas que ignora y permite responder un “no sé”.

Son adolescencias con permisos a la belleza.

URUGUAY
SCF 7936



Siete, nueve, tres, seis

Una matrícula con el 7936 se dibuja en la pared del cuarto, cocina, comedor de la casa de Richard. Con paredes de bloques y apariencia extensa, en lo lejano de Felipe, allá donde las torres de alta tensión asustan, allá donde los cerdos aparecen cada tanto, allá donde se quema basura y el olor lo invade todo con su inmensidad prepotente, allá, está la casa de Richard con su 7936 colgando de una fila de una de las paredes frente a la puerta.

A Richard su casa se le hizo firme hace unos meses. No hace tanto Richard comulgaba en una preocupación latente que formaba grietas de amargura en su rostro. Se le quebraba la voz, se le movían las manos, sus ojos andaban desconcertados pidiendo algo de la vida que volviera a su lado. Él tiene a su debilidad como parte de nuestra historia común y no la hizo a un lado. En los días que la preocupación tenía el tiempo de lo eterno, cuando no había fideos y un arroz solo alimentaba por días y días, cuando no había agua ni había luz ni ropajes, Richard nos transparentaba su mareo. De andar liviano y pocas palabras, en esos días Richard andaba en la ansiedad de un flote y una constante palabra de necesidad aguda que nos pedía algo, no sabía qué, pero algo. Poco tiempo después, nació y comenzó a andar en esas dos ruedas que lo acompañan como una estampita. Empezó a trasladar basura, empezó a manejar, a cuidar sus ropas, sus horarios, su casa. Se lo ve priorizando su motocarro, se lo ve agendando su trabajo sin mayores pretensiones que hacerlo, mantenerlo y cuidarlo. Richard no tiene la algarabía del cansancio por las tantas horas, no hace inmensidades de lo atareado que puede estar, de los días de trabajo donde nadie en la ciudad trabaja, del tipo de trabajo que hace. Levanta, lleva, trae, carga, vacía. De ningún tránsito hace alarde, de ninguna moral trabajadora. Él solo lo hace.

En su casa de un ambiente, reposa un reproductor de CD en la mesa, una jarra eléctrica, un plato donde recién ha almorzado y un gorro Adidas rojo. Un par de sillas de escritorio,

un baño sin puerta, una cama de una plaza perfectamente tendida. Richard no tiene sonidos fuertes. No tiene inmensidades de parlantes ni televisores ni camas enormes. Tiene una casa en un orden suyo, con un reloj de pared que mueve una aguja de un lado a otro. Vive solo. Su casa es él. Y su motocarro y su agenda de labores sin aspavientos. Trabaja en algo que anhela sacar de su hogar. El olor, nos dice, el olor. Aquello que lo inunda en la tenue soledad de su baño sin puertas.

Relevar el agua

Freddy nos recibe en la puerta de su casa contra la calle. La cuneta desborda agua que rápidamente se hace barro espeso que al pisarlo queda en los zapatos para recorrer kilómetros con tal pegote que solo el sol puede desprender. Ese sol está hoy escondido entre nubes blancas y negras que hacen de la mañana un poco más fría. En la entrada de la casa de Freddy hay un espacio vacío y más adentro se ingresa a la casa propiamente dicha. No entramos, nos quedamos esperando el sol mientras tomamos sus datos de vivienda. Nos cuenta de su ingeniería dispuesta ante la eventualidad de las lluvias, su protocolo. Su casa está en medio de dos bajadas y allí el agua se estanca cuando llueve medianamente poco. Para eso, Freddy sabe que debe sacar el water del pozo donde está instalado para que el agua llegue hasta ahí y se vaya hacia la cañada donde se dispone todo lo que el wáter recibe.

Freddy es tatuador. Hace unos cuatro años que vive en el barrio en la casa que compró cuando su hija adolescente se fue a vivir con él un tiempo. La temporada de inviernos no es buena para los tatuadores que deslizan dibujos sobre pieles que se muestran más en otras estaciones. Por estos ciclos que interfieren en su trabajo, Freddy buscó cierto aire de permanencia en cursos de cocina y a veces, por encargo, hace tortas de cumpleaños o cocina algunas cosas.

Pienso en su cocina. En el agua para cocinar. En la lluvia.



Un baño propio conectado

Martín está enojado, lo expresa en su cuerpo. Se pone tenso, desvía la mirada cuando escucha y te enfrenta con ella cuando habla. Se va hacia atrás, se retira. Vuelve. Incomoda con su enojo e invita a irse de ahí pero Martín tiene varios puntos razonables para estar enojado: afecta materialmente el cuerpo de los demás con su enojo. Se vuelve alcanzable su reproche e inalcanzable su necesidad. Hace tiempo que espera, primero, el baño de su pequeña casa con Laura. Ahora —hace menos tiempo—, espera los materiales para ese baño. Y menos tiempo aún, espera el llamado de la barraca que vendrá con ellos. Todo se ha demorado. Ahí, justo ahí, en esa misma demora, el enojo es recibido en el frente de la casa donde no hay baño, dónde no lo ha habido nunca. Martín se pregunta si lo habrá. Nosotras también. Solo podemos aplacar el enojo que siente fundado en la ausencia de algo tan sustancial que no puede ser puesto en duda por su reproche que no entiende qué pasa, por qué todo sigue siendo ausencia.

Martín nos entrega el enojo con el cuerpo. Nos afecta en lo material y explícito, se harta, discute, se enoja.

El tiempo de esperar ese baño se hace infinito para los dos jóvenes que habitan un cuarto extenso sin divisiones. En otro lugar, ese espacio se titula como monoambiente: tiene la cocina integrada (ahora se le dice *kitchenette*), tiene un lugar donde la cama se enfrenta a un televisor, al lado una pequeña mesa y un lavarropas. No tiene baño, ni tampoco límites entre espacios. Es una casa de jóvenes que se han mudado a la aldea de Felipe rodeados de familias y por ello, también por ello, acceden a baños ajenos.

En otro punto, alguien nos resuelve un problema con una frase que parece ser la solución: muchas personas hacen uso de las demandas y sus necesidades para pedir más y más cosas. Parecen ser hábiles para eso. Me pregunto cómo puede sustituirse un mecanismo con esa idea. ¿Capturamos la potencia del enojo de Martín que convive con baños ajenos toda su

vida cotidiana, doméstica, onírica, de pareja? Es el enojo de la vida diaria pero también, el irreverente: ¿qué cuerpos permitimos que nos demanden cosas así? ¿Solo los tenues, pacientes y agradecidos? En el enojo de Martín está la exigencia de un baño. ¿Le vamos a ausentar también esa posibilidad?

En el mundo de intercambio de audios sin contención de enojos y cuerpos que piden, ¿qué pedimos que tenga autoridad en su propio cuerpo para que la demanda sea creíble? ¿Acaso no negamos la perspectiva de derechos de la que siempre hablamos?

La continua muerte de un microondas

A la casa de Rosario se entra pasando una de esas cortinas de acceso a la profundidad de una carnicería. Allí donde no va nadie excepto quienes trabajan ahí. Esa zona de privacidad. La casa de Rosario ahora tiene una amplitud de living con una mesa pequeña y una silla reposera. Sobre el techo y de punta a punta, una cuerda cuelga sus ropas. No viene la luz del exterior. Aunque hay ventanas, Rosario las mantiene cerradas porque llueve desde hace un buen rato. Y llueve fuerte y contenido. Conversamos con ella sobre los nuevos arreglos de la casa. Una luz comienza a titilar. A Rosario no parece importarle. Sigue su conversación hasta que en un momento resulta evidente que un foco está apagándose y prendiéndose de forma intermitente. Veo su cara y no la veo. Así, la luz y la oscuridad se ponen inquietas, se vuelven inseguras. no hay tiempos entre una cosa y la otra. Rosario dice que eso pasa en el barrio todo el tiempo. Yo veo con asombro cómo es algo que parece norma. El ruido del microondas suena al prenderse cada vez que vuelve la luz. En su intermitencia no hay electrodoméstico que se mantenga prendido. Se apagan cada vez que se va a la luz y luego de segundos vuelven. Viven y mueren. Sin tiempos en el medio, sin certezas. Hace unos días la energía eléctrica de Felipe había sido cortada de nuevo. Algo había sucedido en un barrio cercano que había dejado a todo el barrio sin luz. Y es normal, nos dicen. Los cables que cuelgan son parte del paisaje y los saberes que tienen algunas personas que allí viven resultan necesarios para reconectar y volver a la luz. Esa luminosidad y esa convivencia con la oscuridad que se mezclan como forma de la vida. Entramos al cuarto, Rosario quiere mostrarnos una pared para que veamos el material que se necesita traer. El cuarto está oscuro. Enciendo la linterna del teléfono. El momento se enciende con la ligereza de lo certero: tengo luz en mi mano mientras el microondas chilla sobre su vuelta a la vida.

Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez.

El circuito del Flaco

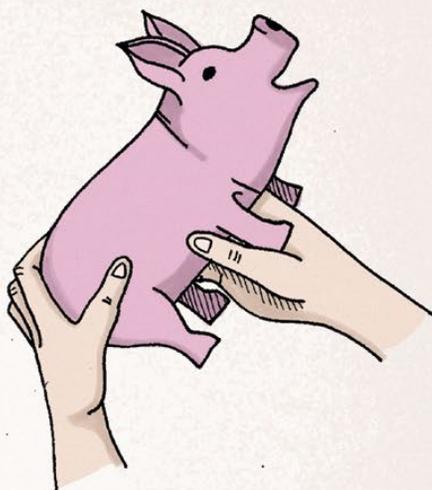
Lo han visto pasear chapas desde el templo (su casa) a los camiones. Lo han visto, dicen, cortar el pasto de una calle lejana, volver con un carro a rastro y nunca subirse a un ómnibus. Hombre de tez oscura, baja estatura, pelo negro como la crin de un caballo indomable pero sereno. No sé si tal convivencia existe pero lo han visto sumergiéndose en los ríos de cosas, algo que a las personas no les cae nada bien, y a la vez, flotando con su niño a cuestras en un par de cruces entre pan y cuadernos viajeros. Tiene una mirada fuerte, ininterrumpida. A veces vivaz, otras veces tenue. Pero en su circuito de avenidas él ve y quiere ver. El Flaco sabe cuando las cosas no le van mal. Se alza en ropas, championes, en charlas sin atuendos ni diálogos repletos de explicaciones. Parece que anda galopando un campo con premura; se viste para ello, se prepara. Un ómnibus lo lleva a capacitaciones y futuros trabajos, y a otros temores.

En ese galope se subtrama otra vida. Si deja esa ropa, esas chapas, esa mirada. Y en un ómnibus que nunca llega, el Flaco cambia de nuevo el camino y otra vez se vuelve maleable a la desaparición. Se vuelve fantasma, se vuelve tenue. No se lo encuentra fácil en la montaña de basura a la que va a gatear y saca minucias. No se lo encuentra en el ómnibus, ni en su templo de casa propia, ni en el caminar de su hijo que también tiene una de sus miradas. Entonces, otra vez, va a posarse sobre otros dioses que también conviven en él con culpa. ¿Por qué no pueden convivir todas sus miradas? Y cuando él se hace esa pregunta es que empieza de nuevo a volverse al carro acarreador de la mirada más viva, de la conversación construida. En el mientras, el Flaco viene y quiere volver a aquella mirada rápido. Quiere volver al ómnibus, a las capacitaciones, a las chapas. Con pena, pero también con fuerza en la charla de redención con grandes porciones de sinceridad.

Parece no ser un circuito posible el del hombre. El del Flaco. Parece que no puede andar en su carro con sus dos miradas a

cuesta, con sus dos conversaciones. Ni el mundo, ni su patria que es el barrio, ni él mismo se lo permite. No pueden convivir dos pasajes que no son avenidas de doble camino.

No pueden convivir todas sus miradas. Y así va, tropezando con un círculo que quizás, algún día, logre desvanecer.



Infancias

Un pequeño hombre araña nos recibe en su casa mostrando su traje porfiado de superpoderes. Se ríe. Se sabe enmascarado y se muestra así. Nos lanza telarañas imaginarias desde su muñeca. Sonríe, mira por una ventana y saluda cuando nos vamos.

En el campito hay un niño reciente como caminante enamorado de ruedas pequeñas y de caballos grandes. Habla en sílabas y señala para hacerse entender. El auto, el caballo, el tío que llega. En una mano lleva un chanco de juguete. Bromeamos en que ha sido prohibida la cría de cerdos en el barrio y el niño mira la risa ajena. Hace una mueca exponiendo que hay algo que le da gracia. Supongo que vernos a nosotras reír. Pequeño espacio de generosidad. Se distrae hacia otras ruedas y bloques de colores. Tiene calzado nuevo, su madre muestra orgullosa. Una marca que grita —en inglés— “solo hazlo”.

Cruzando la calle vive un bebé solapado en una jubilación prematura. El bebé se abstiene de sonreír. No sigue la gracia del mundo, no hace muecas ni saca su cabecita del hombro de su madre para ver a nadie. Es un bebé que no le ríe al mundo cualquier gracia. Parece no interesarle. Es un bebé que parece no identificarse bebé. En su encanto no se cocina la hipocresía con criterio de edad. Parece esbozar alguna sonrisa a trabajadoras de la salud y la vecina del barrio que tiene un único almacén. El bebé parece declarar sus intereses a través de las sonrisas que expone.

A unos pasos, una niña camina con dificultades a nuestro encuentro. Nos enseña un camino rodeado de animales que nos lleva a su casa, a su madre y a su camada de dinosaurios de los que los que se la ve orgullosa, porque en su colección de dinosaurios está su universo. Elige cuál quiere ser, si es de los que vuelan, si es de los grandes que caminan, si es de los más pequeños, si es rojo fuego o verde hierba. Se desvive presentándonos a los elegantes *dinos* de plástico que junta en un estante de una cocina. Ella dice que es el que vuela.

Un mundo inesperado

Entrar a Felipe es entrar a un universo de lo inesperado: el barro que sube desde los championes a las manchas en la ropa, terminar teniendo en brazos a un bebé y que vomite, la limpiieza de las casas de la gente, los mosquitos, conocer un nuevo oficio de alguien, un nuevo logro, una nueva planta.

Un perro corre un auto en Felipe, que es a dónde me dirijo. Le he puesto un nombre y una personalidad adherida a una masculinidad. Es Tony. Ya es Tony. Me arrepentí a los pocos segundos luego de haberlo hecho. Tony fue tirado en el campo de Felipe unos minutos antes que nosotras llegáramos. Tirado como se tira un descarte, una bolsa de basura a clasificar. Fue una situación que vieron Marcelo y Vania, quienes se han acostumbrado a ver ese tipo de cosas en el frente de su casa. Agobiados de rescatar y rescatar animales, Tony se les arrima con su cola bamboleante y desesperada de afecto. Tiene la cara de alguien ingenuo que ha vivido poco. Aunque los viejos perros del barrio le quieren dar alguna pelea, ha sido bien recibido entre las manadas efímeras que se van formando en el recorrido de casas que nos hemos planteado para hoy. Tony solo quiere mimos, saltar, jugar; se desespera por vivir algo de lo que le quisieron quitar. Tony no para de saltarme y de arrimarse a dar vueltas a mi alrededor.

Como Tony, Angie quiere vivir una buena vida, una vida que se sienta. “Sentir la vida”, dice. Angie está haciéndose mujer desde hace un tiempo. Como sus plantas, elige qué cosa hacer crecer, qué hará con cada esqueje, qué planta le gusta tener. Se domestica a sí misma como a sus plantas. Va mirando con atención la calle para ver si encuentra algo que pueda plantar. Atenta a lo inesperado, también a los calores de los amores que la van rodeando y a sus temores. Como las de muchas mujeres trans, no nos sorprenden sus historias de violencias. Escribirse con alguien, subirse a su auto a dar una vuelta y que, así como Tony se desesperaba por rodearme y moverme la cola desde que llegamos a Felipe, lo inesperado

se transforme en un apuro sexual, en un puente rápidamente dinamitado, una ansiedad sin conexión. Una violencia.





Oda a Pamela

Quiero obligarme a pensar en Pamela y sus plantas, cuando el mundo se me atravesase con hostilidad y me seque, me falte agua y me rinda. Alegrarme porque existe ese lugar fuera y lejos de mí misma, que perpetúa esquejes y se lleva la mirada de Pamela hacia hojas y flores. Obligarme a volver a la aparente inutilidad de las cosas: “Yo no planto alimentos ni especias, no me gusta la huerta. A mí me gustan las flores y las plantas”.

No es que no sepa, no quiere.

Quiere seguir con esa intimidad con el verdor y los colores que son inútiles al mundo. Quiero obligarme a pensar en eso cuando sienta que no sirvo para nada y alegrarme por ello como las plantas se alegrarán cuando lleguen las manos construidas de Pamela.

Qué tranquilidad pensar que eso está ocurriendo ahora.

Esa tonalidad salvaje que acompaña su cuerpo de animal suave que ama y sabe de la vida, la vida que debe ser bien sentida. Pamela escucha flores y las domestica como se domestica a sí misma fuera de la mirada ajena de un mundo utilitario y febril que no le pertenece.

Qué alegría que ella exista fuera de eso.

Quiero hacer una tregua y entregarme a su dicha.

Convertirme en un esqueje que encuentre entre un matorral que iba a ser basura. Que me mire y me lleve a su jardín, que cambie mi forma, que haga todo para que crezca y después después, pueda regalar mis flores y hojas.

Pamela sí sabe cómo armar y amar un mundo.



La casa última

Para entrar a la casa de Angie hay que encorvarse un poco. Los techos, de un material plástico, están hundidos y han formado sus panzas hacia abajo. No veo chapas pero aún así, el techo es de una precariedad estructural por lo bajo que está y porque se llueve.

A Angie le costó un poco que nosotras entráramos a su “casa de duende”, como lo anunció su hermana Carla. Cuando pasaba por su entrada Angie comentó que su casa estaba muy desordenada, argumento que también había usado Carla al excusarse del desorden de su casa, pero respondiendo a sí misma con un “tengo tres bendis”, refiriéndose a sus hijos. Me gusta ese tono sarcástico que tienen las dos. Un humor irónico y a la vez profundo. Saben qué responder, saben qué decir. Son asertivas con las frases: “Solos vinimos, solas nos vamos”, al referirse a la reciente muerte de un vecino en el barrio.

La casa de Angie es una especie de maceta pequeña donde cabe solo ella: tiene un pequeño living con un sillón que tiene en su frente a un televisor donde el programa *Esta boca es mía* está sucediendo. El cuarto también es chico y tiene una pequeña ventana sobre el piso que da a una especie de patio donde Angie tiene algún perro propio y otro para adoptar, como pasa en muchas casas de Felipe.

En la casa de Carlos había varios perritos también. Carlos acaba de morir. En el barrio, en su casa, en su sillón. Carlos vio su casa por última vez, vio a sus vecinas por última vez, vio a sus perros por última vez; los caninos se le parecían. Reposaban al sol cuando él andaba en los contenedores buscando algo que vender con su carrito de idas y vueltas de ferias o su mirada celeste pidiendo en el BPS una pensión que había olvidado cobrar.

Sus vecinas tienen cada una un relato de cuándo sucedió. Eran sus vecinas pero, sobre todo, eran sus amigas. Cuánto lindan las casas unas de otras no importa mucho cuando lo que

hay es una amistad, de esas donde existe la cosa fácil, el trato amable, la dedicación al otro, el cariño.

Carlos murió con un desayuno de Janet puesto en su mesa antes de ir a trabajar, avisando días previos a la familia, que poco venía a verlo, que poco estaba. Janet sabe de eso. Ella transita la muerte como un episodio más de su rutina laboral. Al igual que Karina, ambas trabajan en un residencial de ancianos. Ven morir a gente con asiduidad, pero esta vez ha muerto un amigo. Encargadas de todos los llamados y averiguaciones para la despedida, las amigas de Carlos se reparten tareas y sollozos, quiebran tarjetas de banco para que nadie en su oportunismo las utilice y se abrazan con brazos que desconocían desde hace un tiempo.

La familia llega con antojo de materialidades de la muerte de Carlos y sus amigas defienden lo colectivo: hay un reloj, Carlos vivía solo y esa casa debe permanecer en su plano simbólico. Allí vivió y murió amigo. La referencia es signo pero lo material debe irse. No habrá vecinos nuevos ni lazos de sangre que por su sola existencia parecen exigir derechos que no fueron comulgados con desayunos ni compañías. Carlos murió antes de su casa nueva, de su nuevo barrio y su casa le pertenece tanto que se irá con él. Las narrativas a su alrededor se desenvuelven como hilos de un lanar desconocido. Había estado enfermo pero también contento, se había duchado con agua con potencia, algo que nunca había hecho. Carlos esperaba un nuevo baño y murió con un desayuno hecho por amigas. Creo, con cierta pena, que eso es algo feliz.

Recetario

Verónica hace hamburguesas para su hija que tiene anemia y le recetaron que coma más carne. Verónica cobra menos de un salario mínimo por mes, pero le recetaron carne y cocina dos hamburguesas porque su hija tiene que consumirla. ¿A qué carne se puede llegar con unos mínimos pesos mensuales? La duda se torna clasista: para Verónica, esas hamburguesas son de carne.

Volcamos una capa de aceite de girasol sobre una sartén.

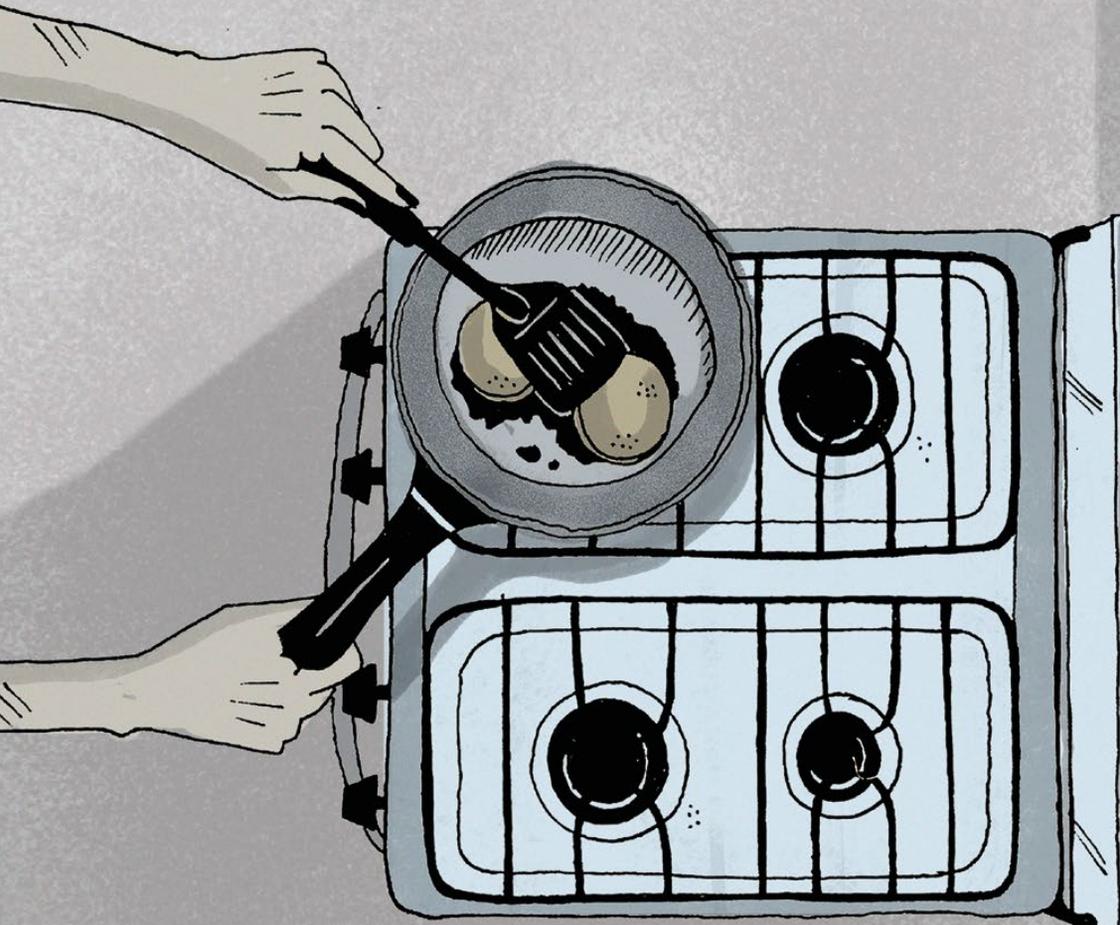
Separamos dos medallones de carne, están congelados y deben ser separados cuidadosamente.

Es una mañana primaveral y entramos a la casa de Verónica luego de llamarla por su nombre. Entrar a su casa. Es una especie de honor concedido. Que siga haciendo sus cosas, que no sienta la presión de la visita estatal que le traerá materiales y exigencias. Verónica cocina las hamburguesas para el déficit de hierro de su hija.

Una vez separadas las hamburguesas, las ponemos con distancia sobre el aceite ya caliente. Mientras se cocinan, porcionamos una flauta de pan en trozos que acompañen el tamaño de las hamburguesas y cortamos cada pedazo a la mitad y le colocamos mayonesa.

Verónica tiene tristeza acumulada en sus ojos. Nos ve llegar, se pone nerviosa, sus ojos se prenden en lágrimas de deuda. En las salas de hospital se le exige todo: que vaya al psiquiatra, a la previsión social, que vaya a renovar el carné de aptitud física para la niña. Su cuerpo parece siempre estar en deuda con sus propios tiempos hacia las llegadas del estado que no hacen más que exigirle. Y así y todo, hace. Hace sola.

Nos muestra el baño de su casa.



Bloques en la franja de pared que termina en el techo para que no entre tanto frío. Ha colocado la puerta corrediza y al abrirla, la silla de ruedas con su hija puede entrar de forma cómoda. La ventana que da al patio también ha sido colocada y tampoco entra tanto frío desde ahí. Las chapas en el techo y los puntales que lo sostienen son como columnas en el medio de un living amplio.

Verónica es un puntal.

Quando veamos que las hamburguesas tienen sus bordes dorados, las damos vuelta con una espátula. Dejamos cocinar unos pocos minutos más y las retiramos de la sartén. Posamos cada hamburguesa sobre cada pan y lo cubrimos con su tapa; serán como sándwiches de hamburguesas.

Sobre un sillón que recibe el sol mañanero, un cuadro de Jesucristo mira fijo a quien lo mira y sobre la ventana, un ojo turco cuelga para espantar las malas energías de una casa que se construye a diario y a veces recibe terremotos de dolor. A Verónica se le ha muerto un hijo y, con él, se ha muerto un muchacho de capitales corporales aprendidos para andar por el mundo siendo un padre reciente que deberá traer dinero a su casa. ¿Qué otra cosa querría un pibe de 22 años? ¿Qué carne se puede conseguir con el submarino de pobreza? La carne de sus huesos. Me pregunto cuántas veces le cocinó Verónica en el espasmo de sus mañanas de silencio y con su vida siendo sostén de una situación que nunca debió existir para no tener que llorar, tanto tanto, la muerte de su hijo hoy.

Eso, las deudas y la moral, y la política desigual de un mundo que sostiene que algunas vidas tienen valor y otras no. Pongamos un precio a estas hamburguesas de dudoso contenido de carne. Pongamos un precio a la carne que sí queremos y pongamos un precio cuando la carne pueda tenerlo. La muerte, el cajón, la despedida. Todo se cobra más a quienes menos tienen. Verónica accede a un plan sobre ello y queda

llorando la muerte, debiendo como madre y debiendo como consumidora de un servicio al que nunca debería haber conocido. ¿Qué va a hacer Verónica con tanta deuda? Ser un poco querida. Ahora que ya no puede cocinar sus hamburguesas, una hermana le cocina. Otra, en una insolente vida, le pone música. Una de sus hijas le recuerda que ahora son menos y la otra, no puede llorar. Las mujeres quedan solas.

Ese mundo donde mueren los hombres.

Las desigualdades ante la muerte se extienden como el aceite que comienza a quemarse en una sartén que lejos está de ser de teflón. ¿Cómo mido la esperanza de vida de una familia como la de Verónica con un muchacho de 22 años acribillado para siempre? ¿Cómo mido la vida biológica de una anemia, de una exigencia de espera para ser atendida en salud, en una eterna vuelta alrededor de psiquiatras que resuelven en cinco minutos un síntoma de toda la vida? Estas extensiones de la desigualdad no son medibles por sí solas.

La presencia de ese hijo en el mundo, la presencia de las hamburguesas en el mundo de Verónica, la presencia de la salud, de la deuda impaga, del servicio fúnebre que desata otra deuda.

¿Cómo medimos la buena vida?

Servir con la bebida que tengamos disponible.

El jockey

Una mañana el jinete acumula cuestiones a resolver.

La plata, claro, las deudas, el amor. El trabajo en la basura, las consecuencias de su desobediencia y el agua para los caballos. Sus caballos.

El jinete montó su cuerpo en un transporte de ruedas que no le daba cariño, que hoy es necesario vender. Deja a merced de favores la sed de sus animales. De sus amores. Y se va.

Que máquinas capturadoras de su adoración esos caballos.

Nunca jockey, nunca propiedad, nunca medio.

Se va el jinete subido a su muerte temprana. Deja los caballos, la fusta, la libertad. Siempre fogueando una espera, una forma de esperar, de esperarse.

Como opuesto a la prisa, se va el jinete a salvar otras bellezas. Bellezas que no le son propias, bellezas otras.

Piensa, cruje. Se expone al llanto, al desorden, a la fealdad. Qué plegaria a la fealdad. Ese extraño orden de las deudas.

Todo lo atraviesa y —sin embargo— el jinete no piensa en debates sobre todo lo que le mueve la vida. Otros cruzarán ese disco. Son bellezas ajenas a las que les gusta regodearse acariciando su infamia con título de ladrón. Y de muerte también.

No voy a desconfiar de tu inventiva con frases de culto, jinete.

Hay una narrativa posible ahora para vos; serás jockey, película, infamia, sonido. Sin contratos de neón ni música bajita. Sin plegarias a bellezas diagnosticadas.

En tu fealdad al mundo. En tu reluciente incomodidad con luz de patio. Toda insalubre, toda opaca, tintineando.



Jugadora del tiempo

A Soledad no le encontrábamos el hogar, desconocíamos si tenía familia y no sabíamos su apellido. Soledad se resguarda en el fondo de Felipe en su casa de bosque con un gran frente y extenso living. Tiene una sonrisa establecida en el rostro y una amabilidad que late en transparencia. Es joven y alta. Tiene una manera de andar a la que no le encuentro más adjetivo que el de elegante y tenue.

Quizás la calma sea una de las formas de encontrar la felicidad.

Al entrar en su casa, hay un amplio estar donde su niña —de unos pocos años— camina con anchura. Sus pies hace poco pisan el mundo contribuyendo a su balanceo, hace poco se expresa con palabras que solamente entiende su madre. El lenguaje común del hogar.

Sobre la mesa principal, donde nos sentamos, hay un escudo de Nacional. Dice que es del compañero pero que ella también es hinchada de ese cuadro.

Hablamos del chaperío y de la plumbemia que a su hija le tocará. Soledad escucha atenta. Tiene una forma de generosidad en la atención que atesoramos. Es hospitalaria; nos acompaña afuera y nos reímos de algunas palabras que reflotan de la boca de la niña.

La nena se parece a su nombre: Ámbar.

Nos vamos con ellas a la amplitud del frente de la casa y la planicie nos acompaña. Algo comento sobre fútbol. Soledad me dice que ella también juega los domingos, que juega a veces con su pareja, a veces sola, que le encanta jugar, que va a jugar a una cancha en Reducto pero que también conoce la cancha donde yo juego, que ella no sabe jugar pero que le encanta, que juega hace tiempo, que juega mixto, que juega. Juega. Juega al fútbol y yo la veo con la amplitud de su casa ahora. Se me ensancha la charla, se me hace inmensa, inconmensurable. Me la imagino jugando, claro. La imagino desde arriba viendo sus zapatos de fútbol, su forma de andar

elegante en la cancha, su manera de llegar riéndose, generosa, hospitalaria, amplia.

El tiempo de las cosas como tiempos de charla. ¿Cómo saber que Soledad es eso también? ¿Cómo llegar al fondo de Felipe sin el tiempo de sentarse en una misma mesa, salir al patio, desentender las nuevas palabras de la niña, encontrar un lenguaje común al que se llega solo con tiempo de canchas, de idas y venidas lejos, de partidos de minutos y minutos, del tiempo de jugar? De jugar.

Relevar un brazo inmóvil

Llegar a la casa de Carla supone más que un caminito hacia el fondo donde está su rancho bajo de chapa y palos, y una alfombra de pisa que se le moja cuando llueve apenas unas gotas y hace subir la humedad como un vapor subterráneo de una caldera hirviendo.

Es pasar por una ronda de vecinos-familias que anteceden el camino. Pasar por sus casas parecidas a la de Carla. Pasar por un gallinero, por una jaula con dos pequeños conejos blancos, por pequeños juguetes de plástico en el piso, una bicicleta rosada con rueditas y canasto. Cuando llegamos a su casa veo su puerta hecha de una cortina azul y nos quedamos a la entrada que se convirtió, hace un ratito, en una entrada de sol. Carla no viene sola, su bebé de un año la acompaña, ha empezado a caminar y anda por el camino agarrada de una pierna de su madre. Bromeo en la inquietud de una caminante reciente pero Carla me ayuda en mi ignorancia: la bebé tiene una discapacidad motriz en un brazo que yo no había visto y que le restringe el equilibrio para caminar.

Me molesto internamente con mi incapacidad de verlo y evitar semejante comentario de sentido común. Como si todas las niñeces fueran la misma niñez. Como si todas las caminatas iniciantes sean la misma caminata. Pienso también en caminar ese camino.

Carla tiene 26 años y tres hijos. Solo una de ellas no tiene diagnóstico de problemas aunque a la brevedad tendrá una consulta psicológica exigida por su considerado inestable comportamiento. Cada niñez con mucha cosa en el camino como el tránsito hacia la casa del hogar.

La beba busca su equilibrio mientras su madre la mira de forma constante cuando nuestras preguntas invaden la entrada de su casa. Carla tiene todos los documentos de sus hijos que muestra sin resquemores. Habla de su soltería y bromea que ponga ese estado civil en mayúscula. Remarca la posesión que siente sobre sus hijos y cambia un apellido

cuando habla de uno de ellos. Lo cambia por el de ella, le da nombre propio a su soltería.

Carla no tiene ni busca trabajo por la bebé a la que no quiere dejar en el jardín aún. Teme de su bracito inmóvil y de que como yo, no sepan que hay caminos que aún no puede recorrer solita en el desnivel continuo de esta vida.

Pensé en su brazo presente y también en su brazo futuro. El presente es su madre llevándola a tratamientos de intensidad en algún hospital céntrico donde el cuerpo de la bebé se hace brazo inmóvil y habilita una recuperación con equipos médicos y una pensión por discapacidad. Su madre prefiere llamarla insuficiencia. El brazo, ahora quieto, es insuficiente para un futuro que muchas mujeres del barrio llevan adelante. Cuando pensé en su futuro, vi los brazos clasificando en depósitos de bolsones que llegan de camiones de la usina de enfrente. Ese trabajo manual, de brazos de mujeres que con guantes discriminan los materiales en objetos posibles del mercado. No son los brazos técnicos, no salen de fábricas tampoco pero son brazos que constituyen el valor de cambio para trabajar y dar nombre de oficio: clasificadora. Categoriza, da un nombre propio, una identidad laboral en cuya diferencia de trabajo reside otro tipo de brazo. Los que cargan con las terceras edades de las casas de salud, aquellos que cocinan, aquellos que cargan niños propios y ajenos en su intercambio de cuidados, y sin duda, aquellos encargados de hacer tareas domésticas, también de pelear por chapas y palos, y hacer hogar.

Hay brazos concubinos de categorías: la clasificadora y la escolar, la que ciertas trayectorias educativas, consideradas comunes, van a llamar adultas a las primeras y niñas a las segundas. Ese brazo que me muestra el cuaderno que se mezcla entre cuentas y palabras que parecen haber sido escritas por él, por primera vez.

El futuro del brazo inmóvil es incierto. No hay otro adjetivo para decorar esa palabra pero ahora es más profundo. Si será brazo clasificador, hacedor de casas de chapas, aupará niños, limpiará casas, tendrá un camino de los llamados

comunes con alguna profesión que lleve al brazo a escribir, a ser mochila andante, a ser computadora. Es el brazo inmóvil de hoy que valida un requisito estatal de beneficiario. El cuerpo se hace pensión y yo pulso en la tablet el cuadrado que dice *motriz* cuando debo hacer explícita la categoría donde cabe su discapacidad.

La mala madre

Hay un paquete de conitos disponibles.

La espera. Ejercitar la espera. La espera que no pide disculpas. Observa y dispara.

Buena madre: se atiende en los hospitales, va a las citas médicas. No por ella, sino para cuidar de sus hijos, como si su propio cuidado fuera una extensión de sí misma. Es dócil, accesible, fácil de convencer y trasladar como un paquete.

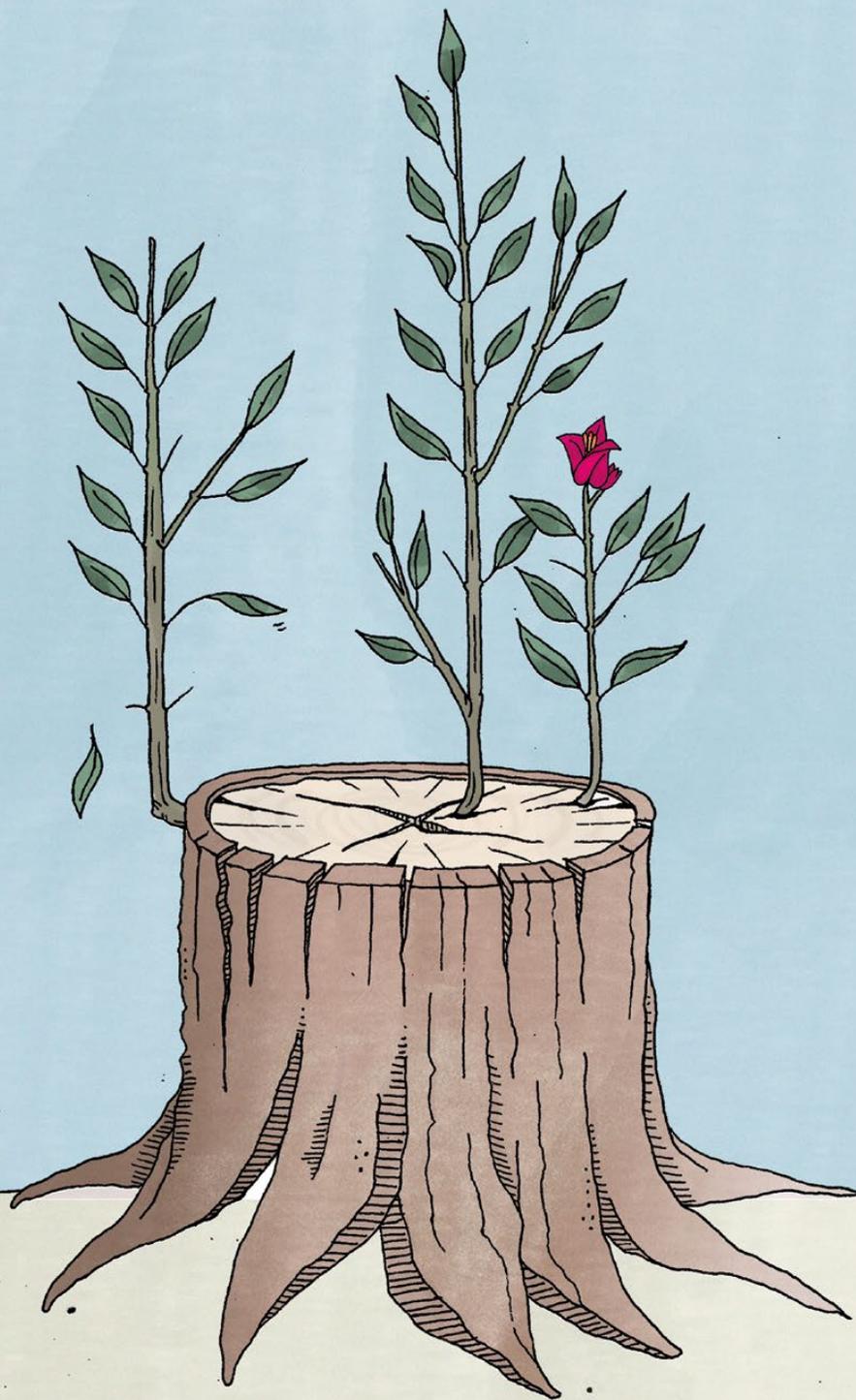
Mala madre: deja un tratamiento, no se atiende y por lo tanto, no cuida de sus hijos. Tiene olor a cigarrillo, ha estado fumando. Se desmaya cuando a su hijo le sacan sangre. Se desmaya porque quizás no comió. Desde allí, el diagnóstico inmediato de una discapacidad porque el niño tiene dos años y sigue tomando mucha teta. “Toma teta porque quizás hay mucha pobreza”, respondo. En la administración de sus voces, parece que estas madres deben ser tuteladas —también— en sus lenguajes. La mala madre, quizás, es pobre y en su avasallante recepción de pedidos, hay cosas que faltan.

La buena madre lleva a sus hijos a todos los controles médicos, espera paciente su infinito turno. Va a un hospital, va a otro. Se controla a sí misma, es frágil para el relato sanitario. Se sabe observada todo el tiempo. Tiene un paquete de conitos.

Entonces, ¿una buena madre señala el miedo y una mala madre señala el goce?

Nada parece tan compartimentado como la maternidad. Sin embargo, en sus dobleces, parece ser como una frazada de lana de colores que no tienen un orden de diseño sino que despliegan colores desordenados en formas ordenadas.

¿Quién juzga ese orden? ¿Por qué dejar de ver a una madre con mirada de infancia?



Casa de Árbol

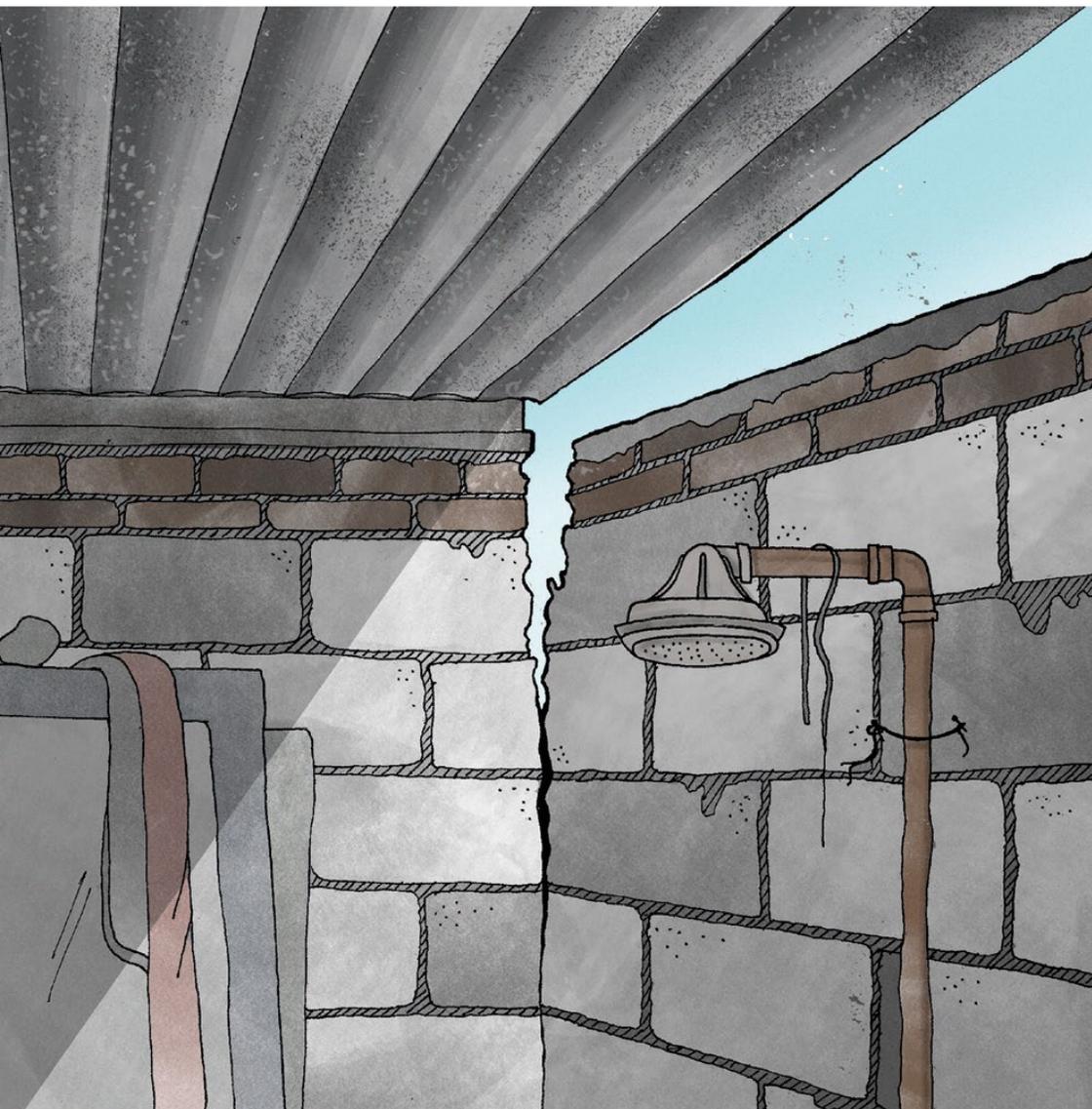
Árbol tiene una edad que no le concierne a este mundo. Su celular errante no es ninguna extensión de sí misma y sus tres hijos se le cuelgan en la vida como un árbol que sostiene tres ramas en pleno invierno. Así, por esas ramas, es que también existe ese árbol.

Árbol viene de la familia que no puede ni siquiera nombrar. No hay relato ni trabajo emocional al respecto cuando el árbol habla. Árbol es un árbol: aparentemente estático, con tres ramitas, vivo. Se alimenta por el agua que sus ramas traen: que el jardín, que la maestra, que lo mal que se porta una rama, lo enferma que está otra, lo inteligente de la última.

La casa que contiene a Árbol y a las ramas es un desparramo de cosas e imágenes que no se pueden relacionar. Es como un bosque selvático de diversidades, con cosas por el suelo, con materiales de universos aparentemente paralelos pero que convergen en el suelo donde reside Árbol con sus ramas. No hay tiempo en un espacio que no tiene reloj.

En el baño hay una franja de cielo y el frío de la casa corroe el ambiente. Ropa en el suelo y en sillas se cuelga entre ollas y juguetes. Hay comida dispersada, algún bolsón grande. Hay un enchufe en el suelo donde cae el agua. Hay ropa y colores, por todos lados. Hay una humedad que resuena hasta en los bolsillos donde mis manos reposan de frío. Pero a Árbol parece no importarle, no percibe peligro allí. Árbol vive fuera del peligro de la electricidad porque encuentra una forma que ese enchufe no se lo tome el agua. Usa otro, en otro lugar. No hay enchufe donde no hay espacio. Árbol no teme a lo cotidiano. Aunque vive en lo inmediato del bosque, Árbol trasciende, observa, elige cuándo hablar. El resto de los árboles son un problema. No los toca. Los ve con recelo y no se acerca. Hay un árbol muy cerquita que transpira humedades, escupe savia y se seca sin el bosque. Un árbol esponja. A veces le da unas gotas, otras veces la seca y seca a sus ramitas también. Exigente de belleza, el árbol esponja no entiende a Árbol.

Árbol no lo mira. No es rama. Es otro árbol esponja.





De Fideles y San Jorges

Le tocó a cada uno una suerte distinta.

Marcelo tiene el carisma de un pájaro libre que fue apresado en sus años jóvenes. Es joven, aún, pero dice creerse viejo y de devenir mal formado por músculos que quedaron absueltos toda la vida de un trabajo formal. Ahora lo pide. Su suerte para eso es tener el único requisito valeriano: sabe leer y escribir. En su casa tiene un hijo nuevo y siempre está reparando alguna moto. Tiene un pequeño taller en la primera casa, a la que entré la primera vez que fui al barrio. La última vez que entré fue hace unas semanas. Al niño nuevo aún no se le conocía el rostro y disfrutaba con eterno potencial de estar dentro de su madre que se quejaba de tanto tiempo y tanto calor. En la casa había un nuevo piso de hormigón y un baño con agua que corría rompiendo todas las cañerías. Un agua nueva. Que nunca habían tenido. En la pared que daba hacia mi espalda hay un espejo. Hacia su izquierda una imagen de la Virgen María y debajo, en blanco y negro, una foto de Fidel Castro y Camilo Cienfuegos. No está el Che, no está Jesús, no hay Dios. Están la Virgen, Fidel y Camilo Cienfuegos. Y Marcelo, que sabe leer y sabe escribir.

La suerte de Gustavo corre por otros andariveles, como corre la suerte, en terrenos paralelos. Gustavo tiene la timidez de un hombre que le da a las palabras un uso funcional. La atención está en sus ojos que miran perpetrando cualquier movimiento. Entramos a su casa nueva a la que nunca habíamos entrado. Su madre ha muerto allí hace unos meses, y él y su familia han decidido habitarla. Otra mudanza, otro movimiento. Otro cambio que Gustavo mira con atención en el barrio en el que creció. Gustavo no sabe leer ni escribir. Sus cuarenta años han posado en la cantera de la vida donde la basura nunca fue una enemiga. Un día su madre, ya muerta por una enfermedad vinculada a su labor, lo llevó al frente de la cantera y lo mandó a hacerse hombre. El hombre que debía ser, el que proveía, el que diferenciaba la basura, el que sacaba

lo que había que sacar. Ese hombre fue haciendo de sus ojos los que miraban con atención el movimiento. Un día se le puso la cantera en frente como una montaña inapelable y allí hizo su fuerza y su mirada, y sus pocas palabras para la vida doméstica, para el *run run* de los operadores de su ser no valeriano, ni de su lejano batllismo.

Le tocó en suerte una capacidad extraña: mirar la basura.

Gustavo hace nueva la casa vieja de su madre muerta.

Vivía en otro lugar en el mismo barrio, pero un movimiento que no supo ver, lo contrajo tanto que decidió trocar su casa. Un enroque de viviendas.

Al nuevo hogar se llevó su televisión, su mueble de madera con bolitas de luces y una mesa de comedor grande para que puedan sentarse sus tres hijas, su esposa y nosotras, que visitamos la casa por primera vez.

Sobre el trazo de una puerta simulada por una cortina, arriba, como mirando todo, hay una imagen de San Jorge luchando contra el dragón, siendo caballo y espada. Insignia de lucha para la seguridad de los palacios y de las princesas, y de todas las casas que queremos proteger, de todos los dragones que vienen desde que Gustavo vio la cantera por primera vez.

La cantera que es dragón pero también es San Jorge y también es caballo y es espada.

Le tocó una suerte extraña. Ahora, que la cantera a veces no se deja ver, que no quiere que la toquen, que no quiere que le saquen nada, que hace hambre y golpe.

Ahora, le tocó el dragón de no saber leer ni saber escribir.



Un sobre transparente de papeles

Ana saca de adentro de su casa un sobre transparente con cierre de color verde lleno de papeles. Busca uno que no serviría para nada. Busca uno por las imágenes que ese papel le va a traer.

Ana no sabe leer.

En el sobre: papeles blancos, recetas de farmacia para remedios para los niños y sus carné de salud. Los saca y expone la autoridad moral que representan los papeles. Ella quiere que se vea que ella tiene esos papeles y los tiene guardados en un sobre transparente y con cierre.

Sus hermanas han terminado un curso. Tampoco saben leer pero se sacan una foto dispuestas cada una con el diploma en su pecho y sonríen. No importa qué dice el diploma más allá de los nombres de cada una y otra vez, esa autoridad. Cada vez hay más papeles. Pero hay cosas que son infalibles. Ellas no saben leer. Posan con un diploma que funciona como comunicación a un tipo de mundo dominado por certificados, diplomas, constancias de que hemos hecho cosas, de que hemos logrado algo. Sucede algo similar cuando Ana muestra los carné de salud de sus hijos: da cuenta de que lleva algo adelante, que se encarga de algo, que es responsable en su solitaria crianza.

Los papeles esperando en un sobre transparente con un cierre verde.

Relevar lo que no se nombra

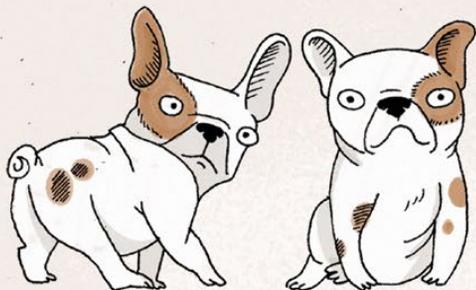
A Silvina se le dificulta pensar cuántos hogares integran su vivienda. La agrimensora le ha dicho que aún dividiendo cuartos, sus hijos y sus respectivas parejas son parte de una misma construcción. Silvina se ríe mucho de esta interferencia y otras más. Dos de sus hijos varones viven con ella y con sus novias. Silvina las recuerda solo si las ve. De ellas no tiene apellido ni fechas de nacimientos. “Y es que a una de ellas la conozco de la Cruz, conozco a su padre pero no me acuerdo del apellido. Viste que ahí no decís apellido, es tal y ta”, sentencia.

La casa de Silvina es grande en hogares que devienen en larga encuesta, da al sol en una especie de terraplén que baja hacia una de las calles principales de entrada al barrio. Las categorías a veces quedan cortas como los apellidos que se ignoran.

Nos sentamos con ella sobre la entrada de la puerta hacia su casa de chapa y palo que parece estar un poco más alta que la calle. Ella toma mate con una sonrisa instalada que pocas veces se le va de la cara. Le ronda su hija más pequeña que no llega a los diez años, fruto de una pareja que lleva a esa niña a devenir en clases de ballet y asociaciones médicas.

Silvina adjetiva poco las cosas pero las describe con cierta ironía que confundida con su risa, a veces una, que la mira en su conversación, no sabe cómo reaccionar. Así nos dice que ella tiene una enfermedad crónica. Un día, un médico le dijo esas palabras y se las guardó. Parecen sonar mejor que otra que define todo. Silvina habla de algo tumoral instalado en sus pulmones hace más de diez años. Se ríe y otra vez confunde a sus escuchantes donde la otra palabra ya se va instalando en la mente: “Es un cáncer”.

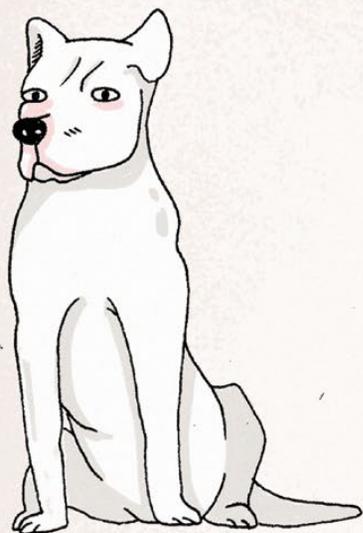
Por fin lo dice, pienso. Lo dice con risa y hasta con risa cuenta, que desde que le dijeron eso, no va a médicos. Que siempre encuentran algo para operar, que siempre hay algo para hacer, que su respiración, que falta cuando camina unas cuadras, puede arreglarse; un poco, no mucho, pero puede aplacarse. Silvina entre su mar de risa dice que no, “que no la agarran más”.



LOS RICARDO FORT



EL QUE PARECE REIR



STUART



LA QUE PARECE
UNA SEÑORA
JUBILADA



LA PERRITA
MARRÓN



SU HIJO

Los perros de Felipe

Hay perritos. Hay un perro que parece reír. Hay una que se parece a una señora que, ya jubilada, se sienta en su silla reposerá a contemplar el patio. Hay una perrita marrón que ha dado cachorros al barrio que han sido bien repartidos. Hay uno que parece malo pero no lo es y acompaña nuestra caminata como si no tuviera que hacer más que acompañar. Está Stuart que fue mudándose de familias, y hay uno muy parecido a él en otra casa. Hay un montoncito de pequeños perros caniche hijos de una mamá y un papá luchones como les dice su madre humana. Todos ellos rodean una artesanal estufa a leña en invierno. Hay una camada de perros recién nacidos que aparentan músculos y a los que llamamos Ricardo Fort. Las vecinas se rieron de eso.

Los malos están atados.

Nosotras no pensamos que sean malos, los vemos con mirada de infancia, como se ve a los animales. Vamos con ellos y ellos van con nosotras. Son los perros de Felipe.

Relevar una locura

La planilla cataloga a Sandra de persona compleja y a mí se me estruja el paso cuando voy llegando a su casa por miedo a que vea semejante adjetivo. Compleja, intensa, histérica. Loca. La adjetivación continua de su modo de ser en el mundo del barrio en el que vive hace décadas y del que quiere irse con algunas condiciones. Cuando escucha la palabra vivienda, es como si su cuerpo reaccionara en defensa y se pusiera en posición de responder un “no” rotundo. Sospecho que cuando hablamos de vivienda, piensa en una cooperativa o algo así. A Sandra no le gustan los vecinos ni la sociabilidad. Vive sola con su marido, no trabaja ni quiere hacerlo, y sus salidas se distribuyen entre policlínicas y farmacias.

La entrada de su casa tiene un espacio grande antes de que la puerta aparezca, pero nosotras no llegamos allí. Tiene un perro que ladra desaforado como el “no” que Sandra pronuncia cada vez que decimos vivienda.

También le reza a Dios de forma constante invocando su nombre cada pocos minutos mientras contesta las preguntas que le hacemos. Por allá, la explosión. ¿Por qué tantas preguntas? Sandra escucha la respuesta pero no mira a los ojos. No levanta demasiado la mirada si no es a Dios a quien hay que pedirle algo. Yo creo que ella pide tiempo. Aquel que inmoló en su complejidad. Uno distinto, singular. Un tiempo que haga parte a su estar en el mundo. Sandra hizo hasta segundo de escuela y a partir de esa pregunta, es que reflexiona sobre las posibilidades que hubiera tenido si su madre hubiera permitido que ella siguiera la escuela.

La complejidad, quizás, vino mucho antes que Sandra se convirtiera en la vecina compleja a la que, casi todo el barrio, llama *loca*.

El camino último

La ciudad queda atrás. Se desgrana en un parque de diversiones de inmensas torres de alta tensión y pasto hacia los lados de un camino sin cordones. No hay vereda de enfrente. No hay orilla. El mar está lejos. Las casas son parte de grandes patios y hay una senda ladeada de vegetación. El barrio más adentro se desgrana entre perros, amapolas, casas de melancólica arquitectura y vivas decoraciones de colores. Allá va llegando Mabel desde lejos por el sendero único y último de Felipe. Por el camino diurno del barrio. El que viene desde la otra calle, desde la otra escuela, desde el otro lado de las grandes canteras de deposición final de la basura de una ciudad que queda atrás.

A veces, desde adelante, se sienten como leguas de irresueltos insomnios.

En el final del sendero, su casa, la de su hijo y su novia, la de algunos perros, y otros tantos carteles con designios gitanos.

Mabel viene acercándose desde la ciudad a la luz de su patio dándole la espalda a esa ingeniería eléctrica, a esa ociosa tensión, a esos generadores de luz ajena.

El barrio se siente tenue, despertando.

Mabel ya ha llegado. Entra por el portón a su inmenso patio. Nos saluda con la calidez de un pájaro en las primeras horas del día.

Es una mañana de cielo azul con la claridad de un sol radiante.



